

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE ARGENTINO

DE OBRAS COMPLETAS ANOTADAS, ELEGIDAS DENTRO DE LAS LISTAS
DE LECTURAS OBLIGATORIAS PARA LOS COLEGIOS NACIONALES, LICEOS
DE SEÑORITAS, ESCUELAS NORMALES Y DE COMERCIO

MARIANO JOSÉ DE LARRA

**ARTÍCULOS
DE COSTUMBRES**

EDICIÓN CON NOTAS

HISTÓRICAS, GRAMÁTICAS, GEOGRÁFICAS, ETC.

A CARGO DE RENÉ BASTIANINI Y BENÉ BASTIANINI (n.º)



BUENOS AIRES

“LIBRERÍA DEL COLEGIO”

ALSINA Y BOLÍVAR

1938

ARTÍCULOS DE COSTUMBRES

MARIANO JOSÉ DE LARRA (FÍGARO)

1809 - 1837

Mariano José de Larra, célebre bajo el seudónimo de "Fígaro", el más famoso de los varios que usó en los periódicos de la época, es uno de los grandes escritores de la literatura española, y sin duda el mejor de sus prosistas en toda la primera mitad del siglo XIX.

Era hijo de un médico de Madrid, donde nació en 1809. Tenía cuatro años, cuando en 1813 su padre debió abandonar España, por haberse incorporado a la sanidad del ejército francés invasor durante el reinado de José Bonaparte. En Burdeos lo dejó su progenitor en un internado, en el cual estuvo hasta 1817, año en que regresó la familia a Madrid, ciudad de donde no había de ausentarse Larra hasta su muerte, salvo un breve viaje por Inglaterra, Países Bajos y Francia, realizado en 1835. Dos años después, en 1837, a los veintiocho años de su edad, ponía fin Larra a su existencia, de un tiro en la sien. Es sabido que en su entierro, un joven de diecinueve años hasta entonces ignorado y que respondía al nombre de José Zorrilla, iba a hacerse ilustre desde ese instante, leyendo unos versos dictados por la emoción.

Si bien Larra compuso algunas piezas teatrales, entre las que se destaca su drama romántico *Macías*, del año 1834, y también escribió ese mismo año una novela titulada *El Doncel de don Enrique el Doliente*, lo cierto sin embargo es que su merecido renombre se debe exclusivamente a los incomparables artículos que fué publicando en periódicos y revistas, algunas de las cuales fundó y sostuvo él solo, como *El Duende Satirico del Día* en 1828, es decir cuando tenía diecinueve años y poco después *El Pobrecito Hablador*, que el gobierno suprimió a principios de 1833. Después escribió en la *Revista Española* y *El Observador*.

Los artículos de Larra pueden dividirse en tres clases: los de *costumbres*, que son hoy día los más leídos; los de crítica *literaria y artística*, en número de unos sesenta, cincuenta de los cuales versan sobre crítica teatral; y los *políticos y sociales*, donde atacaba a sus adversarios, los carlistas y los moderados, desde el bando liberal, cuyos excesos también supo condenar en sus últimos tiempos.

En todos estos artículos se impone Larra por sus dotes superiores de escritor, su elevado patriotismo y el punto de vista europeo desde el cual fustigaba el atraso político y social de su patria, que anhelaba ver incorporarse a las grandes corrientes continentales del progreso y de la cultura.

En el presente volumen, se incluyen los más celebrados artículos de costumbres de Fígaro.

BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE ARGENTINO

DE OBRAS COMPLETAS ANOTADAS, ELEGIDAS DENTRO DE LAS LISTAS
DE LECTURAS OBLIGATORIAS PARA LOS COLEGIOS NACIONALES, LICEOS
DE SEÑORITAS, ESCUELAS NORMALES Y DE COMERCIO

MARIANO JOSÉ DE LARRA

**ARTÍCULOS
DE COSTUMBRES**

EDICIÓN CON NOTAS

HISTÓRICAS, GRAMÁTICALES, GEOGRÁFICAS, ETC.

A CARGO DE RENÉ BASTIANINI Y RENÉ BASTIANINI (h.)



BUENOS AIRES

“LIBRERÍA DEL COLEGIO”

ALSINA Y BOLÍVAR

1938

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

REPUBLICA ARGENTINA
SECRETARÍA DE CULTURA Y EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE CULTURA Y DEPORTES

ARTE Y CÍRCULO
SECRETARÍA DE CULTURA Y DEPORTES

Régimen legal de la
propiedad intelectual.
Ley 11.723

SECRETARÍA DE CULTURA Y DEPORTES

SECRETARÍA DE CULTURA Y DEPORTES

MI NOMBRE Y MIS PROPÓSITOS¹

Figaro.—...Ennuyé de moi, dégoûté des autres... supérieur aux événements, loué par ceux-ci blâmé par ceux-là; aidant au bon temps, supportant le mauvais; me moquant des sots, bravant les méchants... vous me voyez enfin...

Le comte.—Qui t'a donné une philosophie aussi gaie?

Figaro.—L'habitude du malheur. Je me presse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer².

BEAUMARCHAIS

Le barbier de Séville, act. I.

Mucho tiempo hace que tenía yo vehementísimos deseos de escribir acerca de nuestro teatro, no precisamente porque más que otros le entienda, sino porque más que otros quisiera que llegasen todos a entenderle. Helo dejado siempre, porque

1. Este artículo no pertenece en realidad a ninguno de los tres grupos en que se dividen los de Larra. Es meramente la portada que compuso para una colección en que reunió sus mejores trabajos.

2. *Figaro.*—...Aburrido de mí mismo, asqueado de los demás... superior a los acontecimientos, alabado por éstos, vituperado por aquéllos; propicio en las buenas, sufrido en las malas; burlándose de los tontos, desafiando a los perversos... heme aquí en fin... *El Conde.*—¿Quién te ha dado una filosofía tan alegre? *Figaro.*—El hábito de la desdicha. Me apresuro a reírme de todo, por temor de verme obligado a llorar.

dudaba las unas veces de que tuviésemos teatro, y las otras de que tuviese yo habilidad; cosas ambas a dos que creía necesarias para hablar de la una con la otra.

Otras dudillas tenía además: la primera, si me querrían oír; la segunda, si me querrían entender; la tercera, si habría quien me agradeciese mi cristiana intención, y el evidente riesgo en que claramente me pusiera de no gustar bastante a los unos y disgustar a los otros más de lo preciso.

En esta no interrumpida lucha de afectos y de ideas me hallaba, cuando uno de mis amigos (que algún nombre le he de dar) me quiso convencer, no sólo de que tenemos teatro, sino también de que tengo habilidad; más fácilmente hubiera creído lo primero que lo segundo, pero él me concluyó diciendo: que en lo de si tenemos teatro, yo era quien debía de decírselo al público; y en lo de si tengo habilidad para ello, que el público era quien me lo había de decir a mí. Acerca del miedo de que no me quieran oír, aseguróme muy seriamente que no sería yo el primero que hablase sin ser oído, y que como en esto más se trataba de hablar que de escuchar, más preciso era yo que mi auditorio.

—Ridículo es hablar — me añadió — no habiendo quien oiga; pero todavía sería peor oír sin haber quien hable.

Acerca de si me querrían entender, me tranquilizó afirmándome que en los más no estaría el daño en que no quisiesen, sino en que no pudiesen. Y en lo del riesgo de gustar poco a unos y disgustar mucho a otros:

—¡Pardiez! — me dijo — que os embarzáis en casos de poca monta. Si hubieren cuantos escriben de pararse en esas bicocas¹, no veríamos tantos autores que viven de fastidiar a sus lectores; a más de quedaros siempre el simple recurso de disgustar a los unos y a los otros, dejándolos a todos iguales; y si os motejan de torpe, no os han de motejar de injusto.

Desvanecidas de esta manera mis dudas, quedábame aún que elegir un nombre muy desconocido que no fuese mío, por el cual supiese todo el mundo que era yo el que estos artículos escribía; porque esto de decir, yo soy fulano, tiene el inconveniente de ser claro, entenderlo todo el mundo y tener visos de pedante; y aunque uno lo sea, bueno es, y muy bueno, no parecerlo. Díjome el amigo que debía de llamarme Fígaro², nombre a la par sonoro y significativo de mis hazañas³, porque aun-

1. *Bicoca*: fig. y fam., cosa de escasa importancia; pequeñez. Es palabra tomada del italiano, donde en sentido propio significaba pequeño castillo situado sobre una altura.

2. *Fígaro*: tipo creado por el escritor francés Beaumarchais (1730-1799), cuyo es el epígrafe del presente artículo. Desempeña preponderante papel en las comedias "El Barbero de Sevilla" y "Las Bodas de Fígaro" del mencionado autor, que son también conocidísimas como óperas, con música de Rossini y Mozart respectivamente. Fígaro es un hombre del pueblo cuya gracia, ingenio y vivacidad le dan jerarquía espiritual aun dentro de la clase privilegiada. En sus intervenciones, presenta y agita los importantes problemas sociales de la época anterior a la Revolución Francesa.

3. En este pasaje remeda Fígaro aquél del capítulo inicial del Quijote, donde el caballero manchego impone nombres a sus cosas. Los adjetivos "sonoro y significativo" son los mismo con que Don Quijote celebra la denominación de Rocinante que da a su caballo, "nombre a su parecer — dice Cervantes — alto, sonoro y significativo de lo que había sido cuando fué rocín, antes de lo que ahora era."

que ni soy barbero, ni de Sevilla, soy, como si lo fuera, charlatán, enredador y curioso además, si los hay. Me llamo, pues, Fígaro; suelo hallarme en todas partes; tirando siempre de la manta y sacando a la luz del día defectillos leves de ignorantes y maliciosos; y por haber dado en la gracia de ser ingenuo y decir a todo trance mi sentir, me llaman por todas partes mordaz y satírico; todo porque no quiero imitar al vulgo de las gentes que, o no dicen lo que piensan, o piensan demasiado lo que dicen.

Paréceme que por hoy habré hecho lo bastante si me doy a conocer al público yo y mis intenciones. El teatro será uno de mis objetos principales, sin que por eso reconozca límites ni mojones¹ determinados mi inocente malicia, y para que se vea que no soy tan satírico como dan en suponerlo; mil pequeñeces habrá que deje a un lado continuamente, y que muy de tarde en tarde haré entrar en la jurisdicción² de mi crítica.

Con respecto, por ejemplo, a los actores, y sobre todo a los nuevos que nos van dando continuamente, y los cuales todos daría el público de buena gana por uno solo mediano, ya me guardaría yo muy bien de fundar sobre ellos una sola crítica contra nuestro ilustrado ayuntamiento³. Acaso rija en los teatros la idea de aquel famoso general, de

1. *Mojón*: señal que se coloca para marcar límites de campos, divisiones políticas, etc. Hito.

2. *Jurisdicción*: potestad de conocer asuntos y sentenciar con arreglo a la ley. Figuradamente se emplea con la acepción de "dominio".

3. *Ayuntamiento*: entidad corporativa de jurisdicción municipal o vecinal. Aquí se toma en el sentido de "agrupación".

cuyo nombre no me acuerdo, si bien he de contar el lance que los actores, muchos, pero malos, me recuerdan.

Hallábase con su gente este general en su posición, y recibió aviso de que se acercaba a más andar el enemigo.

—Mi general — le dijo su edecán¹, — ¡el enemigo!

—¿El enemigo, eh? — preguntó el general. — Déjele usted que se acerque.

—¡Señor, que ya se le ve! — dijo de allí a un rato el edecán.

—Cierto, ¡ya se le ve!

—¿Y qué hacemos, mi general? — añadió el edecán.

—Mire usted — contestó el general, como hombre resuelto, — mande usted que le tiren un cañonazo, veremos cómo lo toma.

—¿Un cañonazo, mi general? — dijo el edecán. — Están muy lejos aún.

—No importa, un cañonazo he dicho — repuso el general.

—Pero, señor — contestó el edecán despechado, — un cañonazo no alcanza.

—¿No alcanza? — interrumpió furioso el general con tono de hombre que desata la dificultad, — ¿no alcanza un cañonazo?

—No, señor, no alcanza — dijo con firmeza el edecán.

1. *Edecán*: ayudante. Viene del francés "aide de camp", o sea "ayuda de campo".

—Pues bien — concluyó su excelencia, — que tiren dos.

Eso decimos por acá. Darle un actor malo al público a ver cómo lo toma. ¿No alcanza, no gusta? darle dos.

Menos diré, por consiguiente, que tanto los nuevos como los viejos creen que su oficio es oficio de memoria, y que puede asegurarse sin escrúpulo de conciencia que los más dicen sus papeles, pero no los hacen, porque acaso nuestros actores se lleven la idea de un loco que vivía en Madrid, no hace mucho, solo en su cuarto y sin consentir comunicación con su familia. Movido de los ruegos de ésta, fuéle a visitar un amigo, y en el desorden de su cuarto notó entre otras cosas que no debía de hacer nunca su cama; tal estaba ella de malparada.

—¿Pero es posible, señor don Braulio — le dijo el amigo al loco, — es posible que ni ha de consentir usted que hagan su cama, ni la ha de hacer usted, ni?...

—No, amigo, no; es mi sistema.

—¿Pero qué sistema?

—Tengo razones.

—¿Razones?

—No, amigo — respondió el loco, — no haré mi cama, no la haré, — y acercándosele al oído, añadió con aire misterio; — “no la hagas y no la temas”.

A este refrán se atienen, sin duda, nuestros cómicos cuando no hacen una comedia. No hacemos la comedia, dicen como el loco, porque “no la hagas y no la temas”.

Pues tan comedido como con los teatros, he de ser, poco más o menos, con todas las demás cosas. Ni pudiera ser de otra suerte; en política, sobre todo, y en puntos que atañen al gobierno, ¿qué pudiera hacer un periodista sino alabar? Como suelen decir, esto se hace sin gana, y si ya desde hoy no nos soltamos a encomiarlo todo de una vez, es porque somos como cierto sujeto de Úbeda¹, cuyo caso no he de callar por vida mía, mas que en cuentos y relatos me llame el lector pesado.

Había llamado el tal a un pintor, y mandádole hacer un cuadro de las Once mil vírgenes², y el contrato había sido darle un ducado³ por virgen, que por cierto no fué caro. Llevó el pintor el cuadro al cabo de cierto tiempo, pero era claro que ni cupieran once mil cuerpos en un lienzo, ni había para qué ponerlas todas; había, pues, imaginado el pintor de Úbeda figurar un templo de donde iban saliendo, y así sólo podrían contarse alguna docena en primer término, dos o tres docenas en segundo, e infinidad de cabezas que de las puertas salían. Contó callandito⁴ el aficionado a vírgenes las que alcanzaba a ver, y preguntóle en seguida al artista cuánto valía el cuadro conforme al contrato. Respondióle aquél, que claro estaba: que once mil ducados.

1. *Úbeda*: ciudad de la provincia de Jaén, España.

2. *Las Once mil vírgenes*: leyenda tardía referente a *Santa Úrsula*, mártir del siglo IV, donde se cuenta cómo fué ultimada por los Hunos con once mil vírgenes, sus compañeras, y once mil príncipes, prometidos de aquéllas.

3. *Ducado*: moneda de oro cuyo valor ha sufrido variaciones.

4. *Callandito*: en secreto; disimuladamente.

¿Cómo puede ser eso? — le repuso el que había de pagar, — si aquí no cuento yo arriba de cien cabezas.

—¿No ve vuestra merced — contestó el pintor, — que las demás están en el templo y por eso no se ven? Pero...

—¡Ah! pues entonces — concluyó el aficionado, — tome vuestra merced por hoy esos cien ducados que corresponden a las que han salido, y con respecto a las demás yo se las iré pagando a vuestra merced conforme vayan saliendo.

Vaya, pues, haciendo nuestro ilustrado gobierno de las tuyas, que conforme ellas vayan saliendo, nosotros se las iremos alabando.

Así que, me iré muy a la mano¹ en estas y en todas las materias, y antes de pronunciar que hay una sola cosa reprehensible, veré cómo y cuándo, y a quién lo digo, asegurando desde ahora que no sé qué ángel malo me inspira esta maldita tentación de reformar, y que entro en esta obligación con la misma disposición de ánimo que tiene el soldado que va a tomar una batería.

1. *Irse a la mano*: contenerse, moderarse.

EL CASTELLANO VIEJO¹

Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares² ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites, a que parecería el negarse grosería, o por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles, a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos me sorprendí varias veces a mí mismo

1. Este artículo — el más popular de todos los suyos — lo dió a conocer Fíguro en *El Pobrecito Hablador*, a fines de 1832. Tenía entonces 23 años.

2. *Lares*: Eran, entre los romanos, genios o divinidades tutelares que guardaban sitios u objetos determinados, como ser los caminos, las poblaciones, las campañas, y sobre todo los hogares, la familia. De ahí que esta voz se use figuradamente con la acepción de "hogar" y casi siempre en plural, como en este caso.

riendo como un pobre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios¹ no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que, al volver las esquinas, di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos² e impasibles. En semejante situación de espíritu, ¿qué sensación no debería de producirme una horrible palmada que una grande mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros que, por desgracia, no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?³

No queriendo dar a entender que desconocía

1. *Soliloquio*: discurso de la persona que habla consigo misma. Viene del latín *soliloquium*, de *solus*, "solo", y *loqui*, "hablar". Este verbo *loquí* entra en muchas otras palabras, como *coloquio*, *locuaz*, *locución*, *circunloquio*, etc.

2. *Los seres gloriosos*: los que están en la gloria o el cielo, las almas.

3. *Atlante*, o *Atlas*: rey fabuloso de Mauritania, hijo de Júpiter. Desairó al héroe griego Perseo, al negarle hospitalidad. Éste había cortado la cabeza de Medusa, monstruo que tenía la facultad de petrificar a quien la miraba, y poniéndola ante Atlas, lo convirtió en montaña elevadísima. Debía sostener el cielo sobre sus hombros. Por extensión en arquitectura, se ha dado el nombre de "atlantes" a esas figuras humanas que, a modo de columnas, sostienen las partes salientes de algunos edificios.

este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había querido hacérmele más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quién fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que, cuando está de gracia, no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echóme las manos a los ojos, y sujetádomeme por detrás:

—¿Quién soy? — gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura. —¿Quién soy?

—Un animal — iba a responderle; pero me acordé de repente de quien podría ser, y sustituyendo cantidades iguales:

—¡Braulio eres! — le dije.

Al oírme suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares¹, alborota la calle, y pónenos a entrambos en escena.

—¡Bien, mi amigo! Pues ¿en qué me has conocido?

—¿Quién pudiera ser sino tú?...

—¿Has venido ya de tu Vizcaya?²

—No, Braulio, no he venido.

—¡Siempre el mismo genio! ¿Qué quieres? es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?³

1. *Ijares*: cavidades limitadas por las costillas falsas y los huesos de las caderas.

2. *Vizcaya*: una de las tres provincias vascongadas, que tiene a Bilbao por capital. Las otras dos son Álava y Guipúzcoa.

3. Giro muy usado para referirse al día de cumpleaños o al del santo.

—Te los deseo muy felices.

—Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan, pan, el vino, vino; por consiguiente, exijo de ti que no vayas a dármelos, pero estás convidado.

—¿A qué?

—A comer conmigo.

—No es posible.

—No hay remedio.

—No puedo — insisto temblando.

—¿No puedes?

—¡Gracias!

—¿Gracias? ¡Vete a paseo! Amigo, como no soy el duque de F... ni el conde de P...

(¿Quién se resiste a una sorpresa de esa especie? ¿Quién quiere parecer vano?)

—No es eso, sino que...

—Pues si no es eso — me interrumpe, — te espero a las dos; en casa se come a la española, temprano. Irá mucha gente; tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña¹ con su gracia habitual; y por la noche, J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fué preciso ceder; un día malo — dije para mí — cualquiera lo pasa; en este mundo, para conservar amigos, es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

—No faltarás si no quieres que riñamos.

—No faltaré — dije con voz exánime y ánimo

1. *Rondeña*: música o tono propio de Ronda, ciudad de Andalucía, con que se cantan coplas de cuatro octosílabos.

decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado tomar.

—¡Pues hasta mañana! — y me dió un torniscón¹ por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedéme discurrendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono; pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda² cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal³, y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja.

Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguera le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien

1. *Torniscón*: golpe dado sobre la cara o cabeza de alguien, con la mano.

2. *Hacienda*: conjunto de bienes que uno posee.

3. Quiere decir con esto que está condecorado.

puede tener razón, defiende que no hay educación como la española, en lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres; es un hombre, en fin, que vive de exclusivas¹, a quien sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas, sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia² bastante visible sobre entrambos omoplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas³, de esta delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar, y callando siempre lo que puede ofender. El se muere por "plantarle una fresca al lucero del alba"⁴, como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se "lo espeta a uno cara a cara". Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir "cumpló y miento"; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es

1. *Vivir de exclusivas*, significa vivir ciegamente aferrado a ideas o conceptos, con exclusión de las demás.

2. *Excrecencia*: abultamiento.

3. *Reticencias urbanas*: son las omisiones que la convivencia social y las reglas de urbanidad imponen. Callar lo que podría decirse; no decir sino en parte; dar a entender mucho diciendo poco. En retórica, la reticencia es una figura que consiste en dejar inconclusa la expresión, dando a entender lo que se calla.

4. Frase ponderativa para definir a la persona que no se calla ante nadie. El lucero del alba es el planeta Venus, cuyo brillo perdura en el cielo matutino, cuando ya se ha apagado el de los otros astros. También se destaca en el crepúsculo vespertino.

para él poco más que griego; cree que toda la crianza está reducida a decir "Dios guarde a ustedes" al entrar en una sala, y añadir "con permiso de usted" cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con los franceses. En conclusión, hombres de éstos que no saben levantarse para despedirse, sino en corporación con alguno o algunos otros; que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman "su cabeza", y que, cuando se hallan en sociedad, por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque, en realidad, no saben dónde ponerlos ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como ya conocía yo a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme¹ demasiado para ir a comer; estoy seguro de que se hubiera picado²; no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas: vestíme, sobre todo, lo más despacio que me fué posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más cometidos que contar para ganar tiempo; estaba citado para las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas cere-

1. *Acicalarse*: figuradamente significa prepararse, adornarse, embellecerse. En sentido recto, *acicalar* significa limpiar, bruñir, principalmente las armas blancas.

2. *Picarse*: tiene significación figurada de ofenderse, enojarse.

moniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina con sus señoras y sus niños y sus capas y sus paraguas y sus chanclos¹ y sus perritos; déjome en blanco los necios cumplimientos que dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar, estaba ronca, en tal disposición, que se asombraba ella misma de que se le entendiera una sola palabra, y tenía un panadizo² en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

—Supuesto que estamos los que hemos de comer — exclamó don Braulio, — vamos a la mesa, querida mía.

—Espera un momento — le contestó su esposa casi al oído; — con tanta visita yo he faltado unos momentos de allá dentro, y...

—Bien, pero mira que son las cuatro...

1. *Chancho*: especie de calzado que se usa además del común, para preservarse del barro o del agua.

2. *Panadizo*: inflamación junto a la uña.

—Al instante comeremos.

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

—Señores — dijo el anfitrión¹, al vernos vacilar acerca de nuestras respectivas colocaciones; — exijo la mayor franqueza: en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro! quiero que estés con toda comodidad; eres poeta, y además, estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.

—¿Qué tengo de manchar? — le respondí, mordiéndome los labios.

—No importa; te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.

—No hay necesidad.

—¡Oh, sí, sí! ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.

—Pero, Braulio...

—¡No hay remedio, no te andes con etiquetas!

Y en esto me quita él mismo el frac, "velis, nolis"², y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: al fin el hombre creía hacerme un obsequio.

Los días en que mi amigo no tiene convidados

1. *Anfitrión*: rey fabuloso de Tebas, que ofrecía espléndidos banquetes. La palabra se ha convertido en nombre común con que se designa a la persona que preside un banquete o comida.

2. *Velis nolis*: frase latina: "quieras o no". En latín "volo", significa: quiero; "nolo", no quiero.

se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular y estar cómodos todos los días del año es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos, una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí, con la más fraternal inteligencia del mundo.

Colocáronme, por mucha distinción, entre un niño de cinco años encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento, porque las ladeaba la natural turbulencia de mi joven "ad làtere"¹, y uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre² de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja.

1. *Ad làtere*: Es la forma corrompida en que habitualmente se usa la expresión latina *a làtere*, con que se designa a la persona que acompaña constantemente a otra. En este pasaje, viene a significar "vecino".

2. *Salirse de madre* se aplica a los ríos que se desbordan, saliendo de su cauce. Aquí significa que no cabía en su silla.

Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques, como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

—Ustedes harán penitencia¹, señores — exclamó el anfitrión, una vez sentado; — pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys², frase que creyó preciso decir.

—Necia afectación es ésta, si es mentira — dije yo para mí; — y si es verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba.

Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos a otros.

—Sírvasse usted.

—Hágame usted el favor.

—De ninguna manera.

—No lo recibiré.

—Páselo usted a la señora.

—Está bien ahí.

—Perdone usted.

—Gracias.

—¡Sin etiqueta, señores! — exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara.

1. *Ustedes harán penitencia*: comerán escasamente.

2. *Genieys*: era el restaurant o fonda elegante de Madrid en aquella época.

Sucedió a la sopa un cocido¹ surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por la derecha; por medio el tocino; por la izquierda los embuchados² de Extremadura. Siguió-le un plato de ternera mechada³, que Dios maldiga, y a éste otros, y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio; mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para la festividad, y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar en nada.

—Este plato hay que disimularle — decía ésta de unos pichones; — están un poco quemados...

—Pero mujer...

—Hombre, me aparté un momento, ¡y ya sabes lo que son las criadas!

—¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego!

—Se puso algo tarde.

—¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?⁴

—¡Qué quieres! una no puede estar en todo.

—¡Oh, está excelente, excelente! — exclamó—

1. *Cocido*: guiso, en que entran los elementos que se enumeran en seguida.

2. *Embuchados*: chorizos.

3. *Mechada*: con mechas introducidas de tocino gordo.

4. *Estofado*: guiso condimentado con aceite, vinagre, ajo, cebollas y especias, y cocido a fuego lento en una vasija bien tapada.

bamos todos, dejándonoslo en el plato; — ¡excelente!...

—Este pescado está pasado.

—Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar, ¡el criado es tan bruto!

—¿De dónde se ha traído este vino?

—En eso no tienes razón, porque es...

—¡Es malísimo!

Estos diálogos cortos iban exornados¹ con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertir continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender entrambos a dos, que estaban muy al corriente de las fórmulas que en semejantes casos se reputan en finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fué preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

—Señora, no se incomode usted por eso — le dijo el que a su lado tenía.

—¡Ah! les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos a la fonda, y no tendrás...

—Usted, señora mía, hará lo que...

1. *Exornar*: adornar, hermosear. Aquí tiene más bien el sentido de acompañar.

—¡Braulio! ¡Braulio!...

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero, todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fué poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia, acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llama él a estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa¹ ignorancia de los usos sociales? ¿Que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas a un plato de magras² con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de trinchar, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo; fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas.

1. *Craso*: grueso, gordo o espeso. Aquí significa *burda ignorancia*.

2. *Magras*: lonjas de jamón.

—¡Este capón no tiene coyunturas! — exclamaba el infeliz, sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha.

¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal, como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar el vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente, como pudiera hacerlo en un palo de gallinero.

El susto fué general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor¹ de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpísima camisa; levántase rápidamente, a este punto, el trincha-dor, con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando la posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas² sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas.

Una criada, toda azorada, retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen

1. *Surtidor*: cuchara o cucharón usado para tomar o servirse el caldo.

2. *Caño de Valdepeñas*: chorro de vino de Valdepeñas, villa de la provincia de Ciudad Real.

término; retírase atolondrada, sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla¹ con las copas para los vinos generoso, y toda aquella máquina² viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión.

—¡Por San Pedro! — exclama, dando una voz, Braulio, difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. —Pero sigamos, señores, no ha sido nada — añade, volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio³ final constituyen la felicidad diaria de una familia! ¡Huid del tumulto de un convite de días! ¡Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente, puede evitar semejantes destrozos!

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí, las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos descarnados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgra-

1. *Salvilla*: bandeja.

2. *Máquina*: la palabra tiene aquí la significación figurada y familiar de multitud de cosas.

3. *Principio*: cualquiera de los platos que se sirven entre el cocido y los postres. Al añadir Figaro el adjetivo *final*, con este juego de palabras alude a la pobreza habitual de las comidas.

cias! Crece el alboroto y la conversación; roncas ya las voces piden versos y décimas, y no hay más poeta que Fígaro...

—¡Es preciso! ¡Tiene usted que decir algo! — exclaman todos.

—Désele pie forzado¹; que diga una copla a cada uno.

—Yo le daré el pie: *a don Braulio en este día.*

—¡Señores, por Dios!

—No hay remedio.

—En mi vida he improvisado.

—No se haga usted el chiquito.

—¡Me marcharé!

—¡Cerrar la puerta! No se sale de aquí sin decir algo.

Y digo versos, por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo Pandemonio². Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor.

—¡Santo Dios, yo te doy gracias — exclamo respirando como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos; — pero de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, ni honores; líbrame de los

1. *Pie forzado*: En esta expresión, *pie* se toma en su sentido antiguo de "verso". Se trata de un ejercicio en el cual el versificador debe hacer una copla o poesía que termine con un verso que se le da ya hecho o donde entren las rimas que se le impongan de antemano.

2. *Pandemonio*: capital del infierno. Figuradamente, lugar donde impera el desorden.

convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento; en que sólo se pone la mesa decente para los convidados; en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones; en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! ¡Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un "roastbeef", desaparezca del mundo el "beefsteak", se anonaden los timbales¹ de macarrones, no haya pavos en Perigueux², ni pasteles en Perigord³, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo, la deliciosa espuma del champaña!

Concluída mi deprecación⁴ mental, corro a mi habitación a despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen unas mismas costumbres, ni una misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome, y vuelvo a olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación, libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente, para no incomodarse, al paso

1. *Timbales*: aquí se refiere a una masa hecha con harina y manteca, y que se rellena con macarrones u otros manjares.

2. *Périgueux*: ciudad de Francia, renombrada por su volatería y sus trufas.

3. *Périgord*: antigua comarca de Francia. Su capital era Périgueux.

4. *Deprecación*: ruego, súplica.

que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

¿ENTRE QUÉ GENTES ESTAMOS?¹

Henos aquí refugiándonos en las costumbres; no todo ha de ser siempre política; no todos facciosos². Por otra parte, no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas. Sirva, pues, sólo este pequeño preámbulo para evitar un chasco al que forme grandes esperanzas sobre el título que llevan al frente estos renglones, y vamos al caso.

No hace muchos días que la llegada inesperada a Madrid de un extranjero, antiguo amigo mío de colegio, me puso en la obligación de cumplir con los deberes de la hospitalidad. Acaso sin esta circunstancia, nunca hubiese yo solo realizado la observación sobre que gira este artículo. La costumbre de ver y oír diariamente los dichos y modales que son

1. Este notable artículo apareció en *El Observador* a fines de 1834. Su título recuerda la exclamación de Cicerón en la primera Catilinaria: *Ubinam gentium sumus?*: "¿Entre qué gentes estamos?"

2. *Faccioso*: rebelde, perturbador, amotinado. Es el nombre con que Larra designa comúnmente a los carlistas en sus escritos políticos.

la moneda de nuestro trato social, es culpa de que no salte su extrañeza tan fácilmente a nuestros sentidos; mi amigo no pudo menos de abrirme el camino que el hábito tenía cerrado a mi observación.

+ Necesitábamos hacer varias visitas: "¡Un carruaje!" dijimos; pero un coche es pesado; un *cabriolé*¹ será más ligero: no bien lo habíamos dicho, ya estaba mi criado en casa de uno de los mejores alquiladores de esta corte, sobre todo, de esos que llevan dinero por los que llaman "bombés decentes"², donde encontré, efectivamente, uno sobrante y desocupado, que, para calcular cómo sería el maldecido, no se necesitaba saber más. Dejó mi criado la señal³ que le pidieron, y dos horas después ya estaba en la puerta de mi casa un birlocho⁴ pardo con varias capas de polvo de todos los días y calidades, el cual no le quitaban nunca porque no se viese el estado en que estaba, y aun yo tuve para mí que lo debían de sacar en los días de aire a tomar polvo para que le encubriese las macas⁵ que tendría. Que las ruedas habían rodado hasta entonces, no se podía dudar; que rodarían siempre y que no harían

1. *Cabriolé*: voz tomada del francés *cabriolet*, que designa un coche liviano, de dos ruedas, generalmente con capota, tirado por un caballo.

2. *Bombé*: carruaje liviano de dos ruedas y dos asientos, abierto por delante. Es también palabra tomada del francés, que quiere decir "combadó", aludiendo a la caja del vehículo.

3. *Señal*: dinero que se da en calidad de anticipo y garantía. Nosotros decimos "la seña".

4. *Birlocho*: carruaje abierto, de cuatro ruedas, y cuatro asientos enfrentados de a dos. Sin embargo, por lo que dice después Figaro, se ve que habla de un coche de dos ruedas, del tipo "bombé". Es que ha tomado la palabra "birlocho" en el sentido genérico despectivo que tiene entre nosotros el término "carrindanga".

5. *Macas*: abolladuras, raspaduras, daños.

rodar por el suelo al que dentro fuese de aquel inseguro mueble, eso era ya otra cuestión; que el caballo había vivido hasta aquel punto no era dudoso; que viviría dos minutos más, eso era precisamente lo que no se podía menos de dudar cada vez que tropezaba con su cuerpo, no precedero, sino ya periclitado, la curiosa visual del espectador. Cierta ruidosa desahogada de los muelles y del eje le hacía sonar a hierro como si dentro llevara medio Rastro¹. Peor vestido que el birlocho estaba el criado que le servía, y entre la vida del caballo y la suya no se podía atravesar concienzudamente la apuesta de un solo real de vellón²: por lo mal comidos, por lo estropeados, por la vida, en fin, del caballo y el lacayo, por la completa semejanza y armonía que en ambos entes irracionales se notaba, hubiera creído cualquiera que eran gemelos, y que no sólo habían nacido a un mismo tiempo, sino que a un mismo tiempo iban a morir. Si andaba el birlocho, era un milagro; si estaba parado, un capricho de Goya³. Fué preciso conformarnos con este elegante mueble: subí, pues, a él y tomé las riendas, después de haberse sentado en él mi amigo el extranjero. Retiróse el lacayo cuando nos vió en tren de marchar,

1. *Rastro*: sitio muy popular de Madrid, donde se venden toda clase de cosas viejas y desvencijadas; tiene el nombre de la plaza en que se encuentra: El Rastro.

2. *Real de vellón*: moneda de plata y cobre y desde Felipe V, de cobre solamente.

3. *Francisco de Goya y Lucientes*, el famoso pintor español (1746-1828), dejó una serie de aguafuertes impresionantes que se conocen bajo la denominación de "Caprichos". Algunas de ellas han sido reproducidas en la serie de estampillas españolas para el correo aéreo, emitidas en 1930 con motivo del centenario de Goya.

y fué a subir a la trasera; sacudí mi fusta sobre el animal, con mucho tiento por no acabarle de derrengar¹: mas, ¿cuál fué mi admiración, cuando siento bajar el asiento y veo alzarse las varas levantando casi del suelo al infeliz animal, que parecía un espíritu desprendiéndose de la tierra? ¿Y qué dirán ustedes que era? que el birlocho venía sin barriguera², y lo mismo fué poner el lacayo la planta sobre la zaga, que, a manera de balanza, vino a tierra el mayor peso, y subió al cielo la ligera resistencia del que "tantum pellis et ossa fuit"³.

—Esto no es conmigo — exclamé; — bajamos del birlocho, y a pie nos fuimos a quejar y reclamar nuestra señal a casa del alquilador. Preguntamos y volvimos a preguntar, y nadie respondía, que aquí es costumbre muy recibida⁴; pareció⁵ por fin un hombre, digámoslo así, y un hombre tan mal encarado como el birlocho: expúsele el caso, y pedíle mi señal en vista de que yo no alquilaba el birlocho para tirar de él, sino para que tirase él de mí.

—¿Qué tiene usted que pedirle a ese birlocho y a esa jaca⁶ sobre todo? — me dijo echándome a

1. *Derrengar*: lastimar, moler los lomos y espinazo; "derrengar a palos", deslomar.

2. *Barriguera*: correa que ciñe el vientre del animal, e impide que se levanten las varas.

3. El que *tantum pellis et ossa fuit*: el que "sólo pellejo y huesos era." Con esta cita latina presenta Cervantes a Rocinante, el caballo de Don Quijote, al principio de la inmortal novela.

4. *Recibida*: tiene aquí el sentido de generalizada, admitida, corriente.

5. *Pareció*: apareció.

6. *Jaca*: caballo de poca alzada; menor de siete cuartas.

la cara una interjección expresiva y una bocanada de humo de un maldito cigarro de dos cuartos¹.

Después de semejante entrada nada quedaba que hablar.

—Véale usted despacio — le contesté, sin embargo.

—Pues no hay otro — siguió diciendo; — y volviéndome la espalda: —¡A París por gangas²! — añadió.

—Diga usted, señor grosero — le repuse, — ya en el colmo de la cólera, ¿no se contentan ustedes con servir de esta manera, sino que también se han de aguantar sus malos modos? ¿Usted se pone aquí para servir, o para mandar al público? Pudiera usted tener más respeto y crianza para los que son más que él³.

Aquí me echó el hombre una ojeada de arriba abajo, de estas que arrebañan⁴ a la persona mirada; de éstas que van acompañadas de un gesto particular de los labios; de éstas que no se ven sino entre los majos⁵ del país.

—Nadie es más que yo, don caballero o don lechuga⁶; si no acomoda, dejarlo. ¡Mire usted con lo que se viene el seor⁷ levosa⁸! A ver, chico, saca

1. Cuarto: moneda de cobre española, de escaso valor.

2. Ganga: figuradamente, algo bueno, apreciable y conseguido sin esfuerzo o a poco precio; pichincha.

3. Aquí este él se refiere al alquilador con el cual Figaro está hablando. Es modo popular de expresarse.

4. Arrebañar: recoger alguna cosa sin dejar nada, como ser los residuos de comida de un plato. Aquí se emplea figuradamente.

5. Majo: el que en su actitud y vestidos alardea de suelto y guapo, a la manera popular.

6. Don lechuga: por "don lechuguino", imberbe, maricón.

7. Seor: señor.

8. Levosa: es el nombre familiar y festivo de la levita, prenda que vestía Larra, de acuerdo con la moda del tiempo.

un bombé nuevo; ¡ahí en el bolsillo de mi chaqueta debo tener uno.

Y al decir esto, salió una mujer y dos o tres mozos de cuadra¹; y llegaron a oír cuatro o seis vecinos y catorce o quince curiosos transeúntes; y como el calesero² hablaba en majo y respondía en desvergonzado, y fumaba y escupía por el colmillo, e insultaba a la gente decente, el auditorio daba la razón al calesero, y le aplaudía y soltaba la carcajada, y le animaba a seguir: en fin, sólo una retirada a tiempo pudo salvarnos de alguna cosa peor, por la cual se preparaba a hacernos pasar el concurso³ que allí se había reunido.

—¿Entre qué gentes estamos? — me dijo el extranjero asombrado. — ¡Qué modos tan raros se usan en este país!

—¡Oh! es casual — le respondí algo avergonzado de la inculpación, — y seguimos nuestro camino.

El día había empezado mal, y yo soy supersticioso con estos días que empiezan mal: acaban peor.

Tenía mi amigo que arreglar sus papeles, y fué preciso acompañarle a una oficina de policía.

—¡Aquí verá usted — le dije — otra amabilidad y otra finura!

La puerta estaba abierta y naturalmente nos entrábamos; pero no habíamos andado cuatro pa-

1. *Mozos de cuadra*: peones.

2. *Calesero*: alquilador de coches. Viene de *calesa*, que es un vehículo parecido al cabriolé.

3. *Concurso*: en este caso, aglomeración de gente.

sos, cuando una especie de portero vino a nosotros, gritándonos:

—¡Eh, hombre! ¿a dónde va usted? ¡fuera!

—Este es pariente del calesero — dije yo para mí.

Salimos fuera, y sin embargo, esperamos el turno.

—Vamos, adentro ¿qué hacen ustedes ahí parados? — dijo de allí a un rato para darnos a entender que ya podíamos entrar.

Entramos, saludamos, nos miraron dos oficinistas de arriba abajo, no creyeron que debían contestar al saludo, se pidieron mutuamente papel y tabaco, echaron un cigarro, nos volvieron la espalda, y a una indicación mía para que nos despachasen, en atención a que el Estado no les pagaba para fumar sino para despachar los negocios:

—Tenga usted paciencia — respondió uno, — que aquí no estamos para servir a usted. A ver — añadió dentro de un rato, — venga eso — y cogió el pasaporte y lo miró. —¿Y usted quién es?

—Un amigo del señor.

—¿Y el señor? algún francés de esos que vienen a sacarnos los cuartos.

—Tenga usted la bondad de prescindir de insultos, y ver si está ese papel en regla.

—Ya le he dicho a usted que no sea insolente si no quiere usted ir a la cárcel.

Brincaba mi extranjero, y yo le veía dispuesto a hacer un disparate.

—Amigo, aquí no hay más remedio que tener paciencia.

—¿Y qué nos han de hacer?

—Mucho y malo.

—Será injusto.

—¡Buena cuenta!

Logré, por fin, contenerle.

—Pues ahora no se le despacha a usted; vuelva usted mañana.

—¿Volver?

—Vuelva usted, y calle usted. Vaya usted con Dios.

Yo no me atrevía a mirar a la cara a mi amigo.

—¿Quién es ese señor tan altanero — me dijo al bajar la escalera — y tan fino, y tan?... ¿Es algún príncipe?

—Es un escribiente que se cree la justicia y el primer personaje de la Nación: como está empleado, se cree dispensado de tener crianza.

—Aquí tiene todo el mundo esos mismos modales, según voy viendo.

—¡Oh! no; es casualidad.

—*C'est drôle*¹ — iba diciendo mi amigo, y yo:

—¿Entre qué gentes estamos?

Mi amigo quería hacerse un pantalón, y le llevé a casa de mi sastre. Ésta era más negra: mi sastre es hombre que me recibe con sombrero puesto, que me alarga la mano y me la aprieta; me suele dar dos palmaditas o tres, más bien más que menos, cada vez que me ve; me llama simplemente por mi apellido, a veces por mi nombre como un antiguo amigo; otro tanto hace con todos sus parroquianos,

1. *C'est drôle*: es gracioso.

y no me tutea, no sé por qué: eso tengo que agradecerle todavía. Mi francés nos miraba a los dos alternativamente, mi sastre se reía; yo mudaba de colores, pero estoy seguro que mi amigo salió creyendo que en España todos los caballeros son sastres o todos los sastres son caballeros. Por supuesto que el maestro no se descubrió, no se movió de su asiento, no hizo gran caso de nosotros, nos hizo esperar todo lo que pudo, se empeñó en regalarnos un cigarro y en darnoslo encendido él mismo de su boca; ¡cuántas groserías, en fin, suelen llamarse franquezas entre ciertas gentes! Era por la mañana: la fatiga y el calor nos había dado sed: entramos en un café y pedimos sorbetes¹.

—¡Sorbetes por la mañana! — dijo un mozo con voz brutal y gesto de burla. ¡Que si quieres!

—¡Bravo! — dije para mí. —¿No presumía yo que el día había empezado bien? Pues traiga usted dos vasos pequeños de limón...

—¡Vaya, hombre! anímese usted; tómelos usted grandes — nos dijo entonces el mozo con singular franqueza, — si tiene usted cara de sed.

—Y usted tiene cara de morir de un silletazo — repuse yo ya incomodado; — sirva usted con respeto, calle, y no se chancee² con las personas que no conoce, y que están muy lejos de ser sus iguales.

Entretanto que esto pasaba con nosotros, en un billar contiguo, diez o doce señoritos de muy buenas familias, jugaban al billar con el mozo de

1. *Sorbete*: bebida refrescante hecha con azúcar, zumo de frutas y algún licor.

2. *No se chancee*: no se tome confianza.

éste, que estaba en mangas de camisa, que tuteaba a uno, que sobaba¹ a otro, insultaba al de más allá, y se hombreaba² con todos: todos eran unos.

—¿Entre qué gentes estamos? — repetía yo con admiración.

—*C'est drôle!* — repetía el francés.

—¿Es posible que nadie sepa aquí ocupar su puesto? ¿Hay tal confusión de clases y personas? ¿Para qué cansarme en enumerar los demás casos de este género que en aquel bendito día nos sucedieron? Recapitule el lector cuántos de éstos le suceden al día y le están sucediendo siempre, y esos mismos nos sucedieron a nosotros. Hable usted con tres amigos en una mesa de café: no tardará mucho en arrimarse alguno que nadie del corro³ conozca, y con toda franqueza meterá su baza⁴ en la conversación. Vaya usted a comer a una fonda, y cuente usted con el mozo que ha de servirle como pudiera usted contar con un comensal. Él le bordará a usted la comida con chanzas groseras; él le hará a usted preguntas fraternales y amistosas... él... Vaya usted a una tienda a pedir algo.

—¿Tiene usted tal cosa?

—No, señor; aquí no hay.

—¿Y sabe usted dónde la encontraría?

1. *Sobar*: empleado figuradamente con relación a las personas, significa manosearlas. En sentido propio es estrujar una cosa para ablandarla.

2. *Hombrearse*: querer igualarse con otros en condiciones o simplemente en el trato.

3. *Corro*: cerco, o círculo que forman las personas para departir o divertirse.

4. *Meter baza*: figuradamente, intervenir. Es locución tomada del juego de cartas.

—¡Toma! ¡qué sé yo! Búsquela usted. Aquí no hay.

—¿Se puede ver al señor de tal? — dice usted en una oficina.

Y aquí es peor, pues ni siquiera contestan "no": ¿ha entrado usted? como si hubiera entrado un perro. ¿Va usted a ver un establecimiento público? Vea usted qué caras, qué voz, qué expresiones, qué respuestas, qué grosería. Sea usted Grande de España¹; lleve usted un cigarro encendido. No habrá aguador ni carbonero que no le pida la lumbré, y le detenga en la calle, y le manosee y empuerque su tabaco, y se le vuelva apagado. ¿Tiene usted criados? Haga usted cuenta que mantiene unos cuantos amigos; ellos llaman por su apellido seco y desnudo a todos los que lo sean de usted, hablan cuando habla usted y hablan ellos... ¡Señor, señor! ¿entre qué gentes estamos? ¿Qué orgullo es el que impide a las clases ínfimas de nuestra sociedad acabar de reconocer el puesto que en el trato han de ocupar? ¿Qué trueque es éste de ideas y de costumbres?

Mi francés había hecho todas estas observaciones, pero no había hecho la principal; faltábale observar que nuestro país es el país de las anomalías²; así que, al concluirse el día: —Amigo — me dijo, — yo he viajado mucho; ni en Europa, ni en América, ni en parte alguna del mundo, he visto menos aristocracia en el trato de los hombres; este es el

1. *Grande de España*: título de la persona que goza, entre muchos otros, del privilegio de permanecer cubierta delante del rey.

2. *Anomalías*: irregularidades, caprichos.

país adonde yo me vendría a vivir; aquí todos los hombres son unos; se cree estar en la antigua Roma. En llegando a París voy a publicar un opúsculo¹ en que pruebe que la España es el país más dispuesto a recibir...

—Alto ahí, señor observador de un día — dije a mi extranjero interrumpiéndole; — adivino la idea de usted. Las observaciones que ha hecho usted hoy son ciertas; la observación general, empero, que de ellas deduce usted, es falsa; esa es una anomalía como otras muchas que nos rodean y que sólo se podrían explicar entrando en pormenores que no son del momento; este es, desgraciadamente, el país menos dispuesto a lo que usted cree, por más que le parezcan a usted todos unos. No confunda usted la debilidad de la senectud con la de la niñez; ambas son debilidad; las causas son, no obstante, diferentes; esa franqueza, esa aparente confusión y nivelamiento extraordinario, no es el de una sociedad que acaba, es el de una sociedad que empieza, porque yo llamo empezar...

—¡Oh! sí, sí, entiendo. *¡C'est drôle! ¡C'est drôle!* — repetía mi francés.

—Ahí verá usted — repetía yo — entre qué gentes estamos.

1. *Opúsculo*: obra literaria o científica de escaso volumen. *Opus* en latín es "obra"; *opúsculum* diminutivo de *opus*.

YA SOY REDACTOR

¿Por qué extraña fatalidad ha de anhelar el hombre siempre lo que no tiene? Preguntémosle a un joven barbilucio¹ qué desea. ¿Cuándo tendré barbas? — exclama en su interior. — Nácenle las barbas, y hele allí maldiciendo ya del barbero y de las navajas. ¿Cuándo hallaré en mi Filis correspondencia? — le grita en el fondo de su corazón un deseo innato de amor y de ser amado. — Ya oyó el sí. ¡Gozó el bien que deseaba! Y ya maldice del amor y sus espinas. ¿Le prefiere Laura? Pues todo su deseo se cifra en conquistar a Amira que lo desprecia. ¿De qué nace esta sed insaciable, este deseo vividor, reemplazado por otros y otros deseos que rápidamente se suceden sin encontrar jamás sino imperfecta satisfacción? El padre Almeida², si mal no me acuerdo dice entre otras cosas curiosas, y aun lo afianza, que la Providencia quiso poner en nosotros este deseo implacable, para que nos atestigua-

1. *Barbilucio*: aquí tiene el sentido de "mozalbeta".
2. Autor de doctrina religiosa.

se eternamente que no hacemos en este mundo transitorio sino una corta peregrinación, y que la satisfacción de nuestros deseos no está en esta vida, sino en otra más perfecta y duradera. Así debe de ser¹, y cierto, que vivimos de todas suertes agradecidos a la previsión y ardiente caridad con que el reverendo padre nos quiso sacar de esta peregrina duda. Yo, que no tengo un ápice² de metafísico³, y que dejo la resolución de estos problemas a aquellos que tienen más noticias ciertas que yo de nuestro destino, me ciño a decir que el deseo existe, y esto basta para mi propósito.

Yo, Fígaro, soy de ello una viva prueba: no bien me había tentado el enemigo malo⁴, y sentí los primeros pujos⁵ de escritor público, cuando dieron en írseme los ojos tras cada periódico que veía, y era mi pío⁶ por mañana y noche:

—¿Cuándo seré redactor de periódico?

Figurábaseme, sí, desde luego obra de romanos, el llenar y embutir con verdades luminosas las largas columnas de un papel público; pero en cambio era para mí de la mayor consideración el imaginarme a la cabeza de una sección literaria, recibiendo comunicados atentos y decorosos, viendo

1. Larra, escritor cuidadoso, distingue entre *deber de* y *deber* con infinitivo.

2. *Ápice*: extremo, punta; figuradamente, pequeñísima parte.

3. *Metafísico*: persona versada en la metafísica, ciencia que investiga las causas primeras, y los primeros principios de las cosas.

4. *El enemigo malo*: el demonio.

5. *Pujos*: figuradamente tiene la significación de ansias.

6. *Pío*: clamor. Es sustantivo del verbo piar, e indica la voz que forman los polluelos de las aves, generalmente cuando reclaman o buscan algo.

diariamente consignadas en indelebles¹ caracteres de imprenta mis propias ideas y las de mis amigos, y sin más trabajo a mi parecer, que el haber de contar y recontar al fin del mes los sonantes doblones² que el público desinteresado tiene la bondad de depositar, en cambio de papel, en los arcones periódicos de una empresa, luz y antorcha de la patria, y órgano de la civilización del país.

Dejemos aparte las causas y concausas³ felices o desgraciadas que de vicisitud en vicisitud me han conducido al auge de periodista; lo uno porque al público no le importarán probablemente, y lo otro, porque a mí mismo podría serme acaso más difícil de lo que a primera vista parece el designarlas. El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista: míreme de alto abajo, sorteando⁴ un espejo que a la sazón tenía, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez, y díme a escudriñar detenidamente si alguna alteración notable se habría verificado en mí físico; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral, lo que es en la exterior y palpable, tan persona es un periodista como un autor de folletos.

—Ya soy redactor — exclamé alborozado, — y écheme a fraguar artículos, bien determinado a triturar en el mortero de mi crítica cuanto malan-

1. *Indeleble*: imborrable.

2. *Doblón*: moneda antigua de oro.

3. *Concausas*: causas que obran conjuntamente con otras.

4. Como el espejo era más chico que su persona, tenía que hacer suertes o esfuerzos para verse entero.

drín¹ literario me saliese al camino en territorio de mi jurisdicción.

Pero ¡ay de mí! insensato, que chasco sobre chasco, vivo hoy tan desengañado de periodista como de autor de comedias. Diré brevemente lo que me aconteció, sin descubrir, por otra parte, los recursos ocultos que mueven la gran máquina de un periódico, ni romper el velo del prestigio que cubre nuestros altares, que eso fuera sobrado e inoportuno desinterés; y juzgue el lector si no es preferible vivir tranquilamente suscripto a un periódico, que haberle sabia y precipitadamente de componer.

—¡Señor Fígaro! un artículo de teatros.

—¿De teatros? Voy allá. *Mélanis*

[Yo escribo para el público, y el público — digo para mí, — merece la verdad: el teatro, pues, no es teatro: la comedia es ridícula: el actor A es malo, y la actriz H es peor. ¡Santo cielo! Nunca hubiera pensado en abrir mi boca para hablar de teatros. Comunicado a renglón seguido en mi papel y en todos los contemporáneos en que el autor de la comedia dice que es excelente, y el articulista un "acéfalo"²: se conjuran los actores, cierran la puerta del teatro a mis comedias para lo sucesivo, y ponen el grito en los cielos. ¿Quién es el fatuo que nos critica? ¡Pícaro traductor, ladrón, pedante! ¿Y esto logra el pobre amigo de la verdad y de la *Mélanis*

1. *Malandrín*: bellaco.

2. *Acéfalo*: significa en sentido directo, falto de cabeza; figuradamente, falto de inteligencia, sentido común.

ilustración? ¡Oh qué placer el de ser redactor!¹

Precipítome huyendo del teatro en la literatura. Un señorón encopetado acaba de publicar una obra indigesta.

“Señor redactor — me dice en una carta seductora, — confío en el talento de usted y en nuestra amistad, de que le tengo dadas bastantes pruebas — por desgracia suele ser verdad, — que hará un juicio crítico de mi obra, imparcial — imparcial llama él a un juicio que le alabe, — y espero a usted a comer para que juntos departamos acerca de algunas ideas que convendría indicar, etc.” Resista usted a estas indirectas, y opte usted entre la gratitud y la mentira. Ambos vacíos tienen sus acerbos detractores, y unos u otros se han de ensangrentar en el triste Fígaro. ¡Oh qué placer el de ser redactor!

¡Bueno! Traduciré noticias; al trabajo; corto mi pluma², desenvuelvo el inmenso papel extranjero; aquí van tres columnas.

—¿Tres columnas he dicho? Al día siguiente las busco en la Revista, pero inútilmente.

—¡Señor director! ¿qué se hicieron mis columnas?

—¡Calle usted — me responde, — ahí están; no han servido: esta noticia es inoportuna; es arriesgada; la otra no conviene; aquella de más allá es in-

1. En este pasaje, como en tantos otros de su obra, se advierte la mala opinión que tenía Fígaro del teatro y de los actores españoles de su tiempo.

2. Se escribía con plumas de aves convenientemente cortadas.

significante; esta otra es buena, pero está mal traducida!

— Considere usted que es preciso hacer ese trabajo en horas — replico lleno de entusiasmo; — el hombre llega a cansarse...

— Si usted es hombre que se cansa alguna vez, no sirve usted para periódicos...

— Me dolía ya la cabeza...

— Al buen periodista nunca le debe doler la cabeza...

— ¡Oh, qué placer el de ser redactor!

Dejémonos de farrago¹, yo no sirvo para él. Vaya un artículo profundo; ojeo el Say² y el Smith³, de economía política será.

— Grande artículo — me dice el editor, — pero, amigo Fígaro, no vuelva a usted a hacer otro.

— ¿Por qué?

— Porque esto es matarme el periódico. ¿Quién quiere usted que lea, si no es jocoso, ni mordaz, ni superficial? Si tiene además cinco columnas... todos se me han quejado; nada de artículos científicos, porque nadie los lee. Perderá usted su trabajo.

— ¡Oh, qué placer el de ser redactor!

— Encárguese usted de revisar los artículos

1. *Farrago*: conjunto de cosas desordenadas, inconexas, superfluas, confusas.

2. *Juan Bautista Say*: (1767-1832) autor francés, destacado economista, a quien se considera como uno de los fundadores del librecambio como doctrina.

3. *Adam Smith*: (1723-1790) preclaro economista inglés cuya obra principal "Investigaciones sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones" constituye una exposición completa de importantes doctrinas económicas.

comunicados¹, y sobre todo las composiciones poéticas de circunstancias...

—¡Ay, señor editor, pero habrá que leerlos!...

—Preciso, señor Fígaro...

—¡Ay, señor editor, mejor quiero rezar diez rosarios de quince dieces².

—¡Señor Fígaro!...

¡Oh, qué placer el de ser redactor!

Política y más política. ¿Qué otro recurso me queda? Verdad es que de política no entiendo una palabra. ¿Pero en qué niñerías me paro? ¡Si seré yo el primero que escriba política sin saberla! Manos a la obra; junto palabras y digo: conferencias, protocolos, derechos, representación, monarquía, legitimidad, notas, usurpación, cámaras, cortes, centralizar, naciones, felicidad, paz, ilusos, incautos, seducción, tranquilidad, guerra, beligerantes, armisticio, contraproyecto, adhesión, borrascas políticas, fuerzas, unidad, gobernantes, máximas, sistemas, desquiciadores, revolución, orden, centros, izquierda, modificación, bill³, reformas, etc. Ya hice mi artículo, pero ¡oh cielos! El editor me llama.

1. *Comunicado*: escrito que se envía al periódico para su publicación.

2. *Diez*: cada una de las quince series de cuentas en que está dividido el rosario, compuesta cada una de diez avemarías precedidas de un padrenuestro. El rosario es así una sarta de cuentas que sirve para ordenar el rezo del mismo nombre, en que se conmemoran los quince misterios de la Virgen, recitando después de cada uno un padrenuestro, diez avemarías y un gloriapatri. Las cuentas grandes se llamaban "rosas"; de ahí el nombre de "rosario", o sea corona de rosas, símbolo de una corona espiritual de plegarias.

3. *Bill*: palabra inglesa que significa proyecto de decisión del Parlamento, y a veces también ley votada.

Señor Fígaro, usted trata de comprometerme con las ideas que propala en ese artículo...

—¿Yo propalo ideas, señor editor? Crea usted que es sin saberlo. ¿Conque tanta malicia tiene?...

—Si usted no tiene pulso¹...

—Perdone usted; yo no creí que mi sistema político era tan... yo lo hice jugando...

—Pues si nos pasa perjuicio, usted será el responsable...

—¿Yo, señor editor?

¡Oh, qué placer el de ser redactor!

¡Oh, si esto fuese todo, y si sólo fuera uno responsable, pobre Fígaro, de lo que escribe! Pero ¡ah! tocamos a otro inconveniente; supongo yo que no apareció el autor necio, ni el actor ofendido, ni disgustó el artículo, sino que todo fué dicha en él. ¿Quién me responde de que algún maldito yerro de imprenta no me hará decir disparate sobre disparate? ¿Quién me dice que no se pondrá Camellos donde yo puse Comellas², torner donde escribí yo Forner³, ritómico⁴ donde rítmico y otros de la mis-

1. *Pulso*: figuradamente, significa juicio, tiento, cuidado, prudencia.

2. *Luciano Francisco Comella*, autor teatral de la segunda mitad del siglo XVIII, y que a juicio de muchos sirvió a Moratín el hijo para crear el personaje de D. Eleuterio de su comedia "El Café", en que se burla de los ridículos dramaturgos de la época.

3. *Juan Pablo Forner*: (1756-1798). Magistrado, escritor y polemista español. Gran defensor de la pureza del idioma. Era hombre erudito y talentoso pero de mal carácter, inclinado además a adular a los poderosos, como hizo con el ministro Godoy, a quien llegó a llamar "bienhechor universal de la raza humana." Escribió "El Asno erudito", feroz líbelo contra el fabulista Iriarte, y las "Exequias de la lengua castellana".

4. Palabra sin sentido, como poco antes "torner".

ma familia? ¿Será preciso imprimir yo mismo mis artículos? ¡Oh, qué placer el de ser redactor!

¡Santo cielo! ¿Y yo deseaba ser periodista? Confieso como hombre débil, lector mío, que nunca supe lo que quise; juzga tú por el largo cuento de mis infortunios periodísticos, que mucho procuré abreviarte, si puedo y debo, con sobrada razón, exclamar ahora que ya lo soy: ¡Oh, qué placer el de ser redactor!

EN ESTE PAÍS

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las hondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escenas y en cambios de decoraciones. (Cae una palabra de los labios de un perorador¹ en un pequeño círculo, y un gran pueblo ansioso de palabras la recoge, la pasa de boca en boca, con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin en-

1. *Perorador*: discursador. Es palabra que siempre se toma en mala parte. En este pasaje la emplea Larra en el sentido de persona que ante escasos auditores habla como si estuviera pronunciando un discurso. En Retórica se llama *peroración* la parte final de un discurso, en que el orador resume y moviliza sus argumentos.

tenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es a veces palanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir, cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos y a humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón¹ de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen: así la repiten los vencidos como los vencedores, los que pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

“En este país”... esta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. ¿Qué quiere usted? decimos “¡en este país!” Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda cree-

1. *Padrón*: lista o nómina de vecinos de un pueblo. Lista de ciudadanos electores: “padrón electoral”. La frase *padrón de ignominia*, tiene el significado de baldón público de infamia o desdoro, nacido de una mala acción.

mos explicarle perfectamente con la frasecilla: "cosas de este país"; que con vanidad pronunciamos, y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación o de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla¹ siempre a mano con que responderse a sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición², y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar en sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal de donde pretende salir para probar cualquier otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que a una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía, ni sus goces; su corazón, sin embargo, o la naturaleza, por mejor de-

1. *Muletilla*: figuradamente, estribillo, palabra o frase usada con frecuencia por personas de escaso vocabulario y no mucha distinción.

2. *Transición*: paso de un estado a otro.

cir, le empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vécela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Éste es acaso nuestro estado, y éste a nuestro entender el origen de la fatuidad¹ que en nuestra juventud se observa: el medio saber reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que existe y que podemos llegar a poseerle, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar a entender a los que nos oyen que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros estando todos en el mismo caso.

Este medio saber nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que teniendo apetito desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará o no se verificará más tarde. Substituyamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: "¡Cosas de este país!"

1. *Fatuidad*: presunción, vanidad infundada.

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones puedo comprender el carácter de don Periquito, este petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender, cuyos viajes no han pasado de Carabanchel¹; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado², ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país, fué no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontréle en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

—Este cuarto está hecho una leonera³ — me dijo. —¿qué quiere usted? “en este país...”

Y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñóse en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias; un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:

—Amigo, “en este país” no se puede dar un al-

1. *Carabanchel*: lugar próximo a Madrid.

2. *El Prado*: paseo de Madrid muy concurrido.

3. *Leonera*: en sentido figurado y familiar, pieza desarreglada.

muerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.

—Vive Dios — dije yo para mí, — que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefstek con todos los adherentes de un almuerzo “á la fourchette”¹; y que en París los que pagan ocho o diez reales por un “appartement garni”², o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con champaña.

Mi amigo Periquito es hombre pesado³ como los hay en todos los países, y me instó a que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya a estudiar sobre aquella máquina, como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente⁴ a pesar de su notoria inutilidad. Llevóme, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeño que él.

—¡Cosas de España! — me salió diciendo, al referirme su desgracia.

1. Almuerzo “a la fourchette”: literalmente “almuerzo con tenedor”. Los franceses llaman *déjeuner a la fourchette*, al almuerzo en que se come carne y otros manjares que requieren el uso del tenedor. A esta manera de comer oponen el *manger “sur le pouce”*, literalmente “comer sobre el pulgar”, o sea ligeramente, de pie, para no perder tiempo.

2. “Appartement garni”: departamento amueblado.

3. Pesado: cargoso.

4. Pretendiente: aquí significa postulante a puestos públicos.

—Ciertamente — le respondí, sonriéndome de su injusticia, — porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él.

—¡Cosas de España! — me repitió.

—Sí, porque en otras partes colocan a los necios — dije para mí.

Llevóme en seguida a una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió:

—Ni uno.

—¿Lo ve usted, Fígaro? — me dijo: —¿lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España no se puede escribir. En París hubiera vendido diez ediciones.

—Ciertamente — le contesté, — porque los hombres como usted venden en París sus ediciones. En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

—Desengañese usted: en este país no se lee — prosiguió diciendo.

—Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted ¿qué lee? — le hubiera podido preguntar. —Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.

—¿Lee usted los periódicos? — le pregunté, sin embargo.

—No, señor, en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese “Diario de los Debates”¹, ese “Times”!²

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermo-sean continuamente este país y clamaba:

—¡Qué basura! en este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco.

—¡No hay limpieza en España! — exclamaba.

—En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo.

—¡Ah, país de ladrones! — vociferaba indignado.

Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeúntes.

Nos pedía limosna un pobre.

—¡En este país no hay más que miseria! — exclamaba horripilado.

Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Ibamos al teatro.

—¡Oh qué horror! — decía mi don Periquito

1. *Diario de los Debates*: es el famoso y antiguo “Journal des Débats” de París.

2. El *Times*: célebre diario de Londres.

con compasión, sin haberlos visto mejor en su vida.
—¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.

—No entremos. ¡Qué cafés los de este país! —
gritaba.

Se hablaba de viajes.

—¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede
viajar! ¡qué posadas! ¡qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país
que adelanta y progresa de algunos años a esta parte
más rápidamente que adelantaron esos países mode-
los para llegar al punto de ventaja en que se han
puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo des-
precian en el año 33, no vuelven los ojos a mirar
atrás, o no preguntan a sus papás del tiempo que no
está tan distante de nosotros, en que no se conocía
en la corte más botillería¹ que la de Canosa, ni más
bebida que la leche helada; en que no había más ca-
minos en España que el del cielo; en que no existían
más posadas que las descritas por Moratín en "El Sí
de las Niñas"², con las sillas desvencijadas y las es-
tampas del Hijo Pródigo, o las malhadadas ventas³
para caminantes asendereados⁴; en que no corrían
más carruajes que las galeras⁵ y carromatos catala-

1. *Botillería*: casa en que se expendían bebidas heladas o re-
frescos.

2. La acción de *El Sí de las niñas*, famosa comedia de Moratín
el hijo (1760-1828), se desarrolla en efecto en una posada, mesón
o casa de huéspedes de Alcalá de Henares.

3. *Venta*: casa establecida en los caminos o despoblados para
albergue de los pasajeros.

4. *Asendereado*: agobiado, maltrecho.

5. *Galera*: primitivo carro de cuatro ruedas, cubierto con un
toldo de lona, para transportar personas. No debe confundirse con
nuestra galera, que es el equivalente de la diligencia.

nes; en que los chorizos y polacos¹ repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota² y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón³ y dramas de Comella⁴; en que no se conocía más ópera que el Marlborough — o Mambruc, como dice el vulgo, — cantado a la guitarra; en que no se leía más periódico que el “Diario de Avisos”, y en fin... en que...

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelven a mirar atrás⁵ porque habrían de poner un término a su maledicencia, y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluamos, sin embargo, de explicar nues-

1. *Chorizos y polacos*: estas designaciones se refieren a las costumbres teatrales de la segunda mitad del siglo XVIII. Servían para señalar a los partidarios — los “hinchas”, se diría hoy en lenguaje popular— de las compañías que actuaban en los teatros del Príncipe y de la Cruz, respectivamente, cuyas representaciones agitaban con sus aplausos y sus denuestos. Los *Chorizos*, así llamados por unos embutidos que habían de comerse en un entremés sobre la escena del Príncipe, llevaban en el sombrero una cinta color oro. En cuanto a los *Polacos*, denominación sacada del apellido de su cabecilla, llevaban cinta azul celeste. Finalmente había los *Panduros*, bando adicto al teatro de los Caños del Peral, que Fígaro no menciona.

2. *Bota*: cuero de pequeñas dimensiones, usado para llevar vino dentro.

3. *Comedias de figurón*: comedias en las cuales el protagonista es un tipo ridículo y caricaturesco, muy estimadas en el siglo XVIII. Se destacaron en ese género José de Cañizares (1676-1750) con “El Dómine Lucas” y Antonio de Zamora, muerto en 1728.

4. *Comella*: ver nota 2, página 52.

5. Los tales de que viene hablando Fígaro, los don Periquitos.

tra idea claramente, mas que¹ a los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oímos a un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer a un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca, sino la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oímos la expresión despreciativa que hoy merece nuestra sátira² en bocas de españoles, de españoles sobre todo que no conocen más país que este mismo suyo que tan injustamente dilaceran³, apenas reconoce nuestra indignación límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país sino para denigrarlo; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos; sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza

1. *Mas que*: aunque.

2. *Sátira*: composición que tiene por objeto censurar o ridiculizar personas o cosas.

3. *Dilacerar*: despedazar; figuradamente, herir el nombre, la honra, el orgullo.

que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor o justicia a nuestro país, y creámonle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: "¡Cosas de España!" contribuya cada cual a las mejoras posibles; entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

LAS CIRCUNSTANCIAS¹

Las circunstancias, he pensado muchas veces, suelen ser la excusa de los errores y la disculpa de las opiniones. La torpeza o mala conducta hallan en boca del desgraciado un tápalo todo en las circunstancias que, dice, le han traído a menos. En estas reflexiones estaba ocupada mi fantasía no hace muchos días, cuando recibí una carta, que por confirmar mis ideas sobre el particular y venir tan oportuna a este objeto, de que pensaba hacer un artículo de costumbres, quiero trasladar "*ad pedem litteræ*"² a mis lectores. Decía así la carta:

"Señor Fígaro. — Muy señor mío: A usted, señor Fígaro, observador de costumbres, me dirijo con dos objetos. Primero, quejarme de mi mala estrella. Segundo, inquirir de su experiencia, pues le

1. Contiene este artículo referencias que abarcan desde la invasión de España por Napoleón en 1808, hasta los comienzos de la Regencia de María Cristina iniciada en 1833 después de la muerte de su esposo el rey Fernando VII.

2. *Ad pedem litteræ*: locución latina que significa: "al pie de la letra", "textualmente".

imagino a usted por sus escritos hombre de esos que han vivido más de lo que les queda que vivir, si hay efectivamente de tejas abajo una fatalidad que persigue a los humanos, y una desgracia en el mundo que se asemeja a la desgracia mía. Soy un verdadero juguete de las circunstancias; cuyo torrente no pude nunca resistir, y que así me envolvieron como envuelven los violentos remolinos de una ola al inexperto nadador que se arrojó incauto en la pérfida corriente del caudaloso río.

“Mi padre era inglés y rico, señor Fígaro, pero hallábase aislado en el mundo; era naturalmente metido en sí, y sólo un amigo tenía: antojósele a este amigo entrometerse en una conspiración; confió a mi padre varios papeles importantes; descubrióse la conspiración, y ambos tuvieron que huir. Vínose mi padre a España, reducido a oro lo que pudo realizar de sus cuantiosos bienes; vió una linda gaditana¹, prendóse de ella, casóse, y antes de los nueve meses murió inconsolable, dando y tomando siempre en lo de la conspiración, que hubo de volverle el juicio. Vea usted aquí, señor Fígaro, a Eduardo Priestley, humilde servidor de usted, cuyo destino debía haber sido sin duda ser inglés, protestante y rico, español, católico y pobre, sin que pudiese encontrar más causa de este trastrueque que las circunstancias. Ya usted ve que la tomaron conmigo desde pequeñito. Mi madre era mujer de rara

1. *Gaditana*: natural de Cádiz. Viene de *Gades*, nombre antiguo de esta ciudad, que Moratín llamó en una de sus poesías: “La fenicia Gades”, aludiendo a su origen.

penetración y de ilustradas ideas. Crióme lo mejor que supo, y en darme toda la educación que se podía dar entonces en España, consumió el poco caudal que la dejara mi padre. Lleno yo de entusiasmo por la magistratura, y aborreciendo la carrera militar a que querían destinarme, estudié leyes en la Universidad; pero puedo asegurar a usted que a pesar de eso hubiera salido buen abogado, pues era raro mi talento, sobre todo para ese estudio. Probablemente, señor Fígaro, después de haber sido gran abogado, hubiera vestido una toga¹, hubiera calentado acaso una silla ministerial, y el Consejo de Castilla² me hubiera recogido al fin de mis días en su seno, donde hubiera muerto descansadamente, dejando fama imperecedera. Las circunstancias, sin embargo, me lo impidieron. Había un Napoleón en el mundo, y fué preciso que éste quisiera ser emperador, y emplear a sus hermanos en los mejores tronos de Europa³, para que yo no fuese ni buen abogado ni mal ministro.

“Yo tenía sentimientos generosos; mis compañeros tomaron las armas⁴ y dejaron el estudiar nuestras leyes para defenderlas, que urgía más. ¿Qué re-

1. *Toga*: prenda usada por los magistrados y letrados principales durante los juicios y ceremonias; y también por algunos cate-dráticos.

2. *Consejo de Castilla*: era el más poderoso de los varios Consejos destinados a asesorar al rey en las diversas ramas del gobierno.

3. Napoleón en efecto invadió a España, como ya dijimos, y puso en el trono del país a su hermano José Bonaparte, reteniendo prisionero en Francia a Fernando VII hasta fines de 1813, en que hubo de libertarlo cuando los españoles, vencedores en la guerra de la Independencia, lograron expulsar a los franceses del territorio.

4. Se refiere al principio de la guerra de la Independencia contra Napoleón.

medio? Dejé, como fray Gerundio¹, los estudios y me metí a predicador; es decir, me hice militar en obsequio de la patria. En la campaña perdí la carrera, la paciencia y un ojo; y las circunstancias me dejaron tuerto y capitán: sabe el cielo que para ninguna de estas dos cosas servía. Yo, señor Fígaro, era impetuoso y naturalmente inconstante; menos servía, pues, para casado, ni nunca pensara en serlo; pero de resultas del bombardeo de Cádiz murió mi madre, que gozando por sus relaciones de familia de algún favor, hubiera adelantado mi carrera. Otro favor que me hicieron las circunstancias. Víme solo en el mundo, y en ocasión en que una linda aragonesa, hija de un diputado a cortes de Cádiz², recogíendome y ocultándome en su casa, cubierto de heridas, me salvó la vida por una rara combinación de circunstancias. En mi segunda carrera debiera haber llegado a general según mis servicios, que a otros fajaron³ haciéndolos muy flacos⁴ a la patria; pero era yerno de un diputado:

1. *Fray Gerundio*: protagonista de la obra del Padre Francisco de Isla, "Fray Gerundio de Campazas", una ingeniosa sátira en la que se condenan las extravagancias que afectaban al púlpito por aquellos tiempos (1758). Fray Gerundio es un falso erudito, ampuloso y grandilocuente.

2. En la época de que trata ahora la epístola de Priestley, Fernando VII ya restablecido hacía unos diez años en el trono de España, extremaba su absolutismo contra los liberales, cuyo estandarte era la Constitución influida por las ideas de la Revolución francesa, que en 1812 — durante el cautiverio del rey — habían sancionado las Cortes refugiadas en Cádiz. En tales condiciones, el haber sido diputado a Cortes de Cádiz era un peligroso inconveniente, y se explica lo que pasa a referirse.

3. Tienen el nombre de fajas las insignias propias de algunos cargos militares, civiles o eclesiásticos.

4. Se entiende "servicios".

quitáronme las charreteras, envolviéronme en la común desgracia, y las circunstancias me llevaron a Ceuta¹, adonde bien sabe Dios que yo no quería ir; allí hice la vida de presidiario y de mal casado, que cualquiera de estos dogales² por sí solo bastara para acabar con un hombre. Ya ve usted que yo no tenía la culpa. ¿Quién diablos me casó? ¿Quién me hizo militar? ¿Quién me dió opiniones? En presidio no se hace carrera, pero se hace mucho rencor. Sin embargo, salimos de presidio, y como yo era hombre de bien, contúveme; pretendí³, pero como no anduve por los cafés, ni peroré, medios que exigían entonces las circunstancias para prosperar, no sólo no me emplearon, sino que me cantaron el "trágala"⁴. Irrítame: el cielo es testigo que yo no había nacido para periodista; pero las circunstancias me pusieron la pluma en la mano: hice artículos contra aquel gobierno; y como entonces era uno libre para pensar como el que estaba encima, recogí varias estocadas de unos cuantos aficionados, que se andaban haciendo motines por las calles. Esta fué la corona de laurel que dieron las circunstancias a mi carrera literaria. Escapéme, y fuí a reunirme con los de la fe: dijéronme allí que las circunstancias no permitían admitir en las filas a un hombre que ha-

1. *Ceuta*: presidio muy famoso frente a Gibraltar del otro lado del Estrecho.

2. *Dogal*: cuerda para ahorcar.

3. *Pretendí*: aspiré a empleos públicos.

4. *Trágala*: canción con la que los liberales españoles de la época solían burlarse de los absolutistas. Figuradamente "cantarle a uno el trágala" significa mofarse de la situación a que la necesidad lo lleva de tener que aceptar lo que había antes rechazado.

bía sido marido de la hija de un diputado de las cortes de Cádiz, y no me ahorcaron por mucho favor.

“No pudiendo vivir como realista, fuíme a Francia¹, donde en calidad de liberal me colocaron en un depósito, con seis cuartos al día. Vino por fin la amnistía², señor Fíguro. ¡Eh! Gracias a una reina clemente, ya no hay colores, ya no hay partidos. Ahora me emplearán, digo yo para mí: tengo talento, mis luces son conocidas, soy útil... Pero ¡ay! señor Fíguro, ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos; las circunstancias de mi vida me han impedido adquirir relaciones. Si llegara a hacerme visible para el poder, acaso lograría: sus intenciones son las mejores del mundo; mas ¿cómo abrirme paso por entre la nube de porteros y ujieres que parapetan y defienden la llegada a los destinos? Las solicitudes que se presentan solas son papeles mojados³. ¡Hay tantos que piden por pedir! ¡Hay tantos que niegan por negar! —Cien memoriales⁴ he dado, otras tantas espaldas he visto. —Deje usted; veremos si estas circunstancias se fijan, me dicen los unos. —Espere usted, me responden los otros: hay tantos pretendientes en estas circunstancias. —Pero, señor, replico yo, tam-

1. Los liberales españoles durante el absolutismo, se expatriaban preferentemente a Francia o Inglaterra.

2. Acordaba en 1833 por María Cristina, cuando se hizo cargo del gobierno como reina regente al morir Fernando VII y por ser su hija Isabel II menor de edad.

3. *Papeles mojados*: sin autoridad. Existe la expresión “traer uno los papeles mojados”, que equivale a presentarse con noticias falsas y sin fundamento.

4. *Memorial*: solicitud en que se pide un favor, empleo, amparo. Carta de recomendación.

bién es preciso vivir en estas circunstancias. ¿Y no hay circunstancias para los que logran?

“Esta es, señor Fíguro, mi posición: o yo no entiendo las circunstancias, o soy el hombre más desdichado del mundo. El hijo del inglés, el que debía haber sido rico, magistrado, literato, general, hombre ajeno de opiniones, acabará probablemente sus tres carreras distintas en un solo hospital verdadero, merced a las circunstancias; al mismo tiempo que otros que no nacieron para nada, y que han tenido realmente todas las opiniones posibles, anduvieron, andan y andarán siempre levantados en zancos por esas mismas circunstancias. — *Eduardo de Priestley, o el hombre de las circunstancias.*”

No puedo menos de contestar al señor de Priestley que el daño suyo estuvo, si hemos de hablar vulgarmente, en nacer desgraciado, mal que no tiene remedio: si hemos de raciocinar, en traer siempre trocadas las circunstancias, en no saber que mientras haya hombres la verdadera circunstancia es intrigar; estar bien emparentado; lucir más de lo que se tiene; mentir más de lo que se sabe; calumniar al que no puede responder; abusar de la buena fe; escribir en favor, y no en contra del que manda; tener una opinión muy marcada, aunque por dentro se desprecien todas, procurando que esa opinión que se tenga sea siempre la que haya de vencer, y vociferarla en tiempo y lugar oportunos; conocer a los hombres, mirarlos de puertas adentro como instrumentos, y tratarlos como amigos; cultivar la amistad de las bellas, como terreno productivo; casarse a tiempo, y no por honradez, gratitud ni otras

ilusiones; no enamorarse sino de dientes afuera, y eso de las cosas que puedan servir...

Pero, santo Dios, gritará un rígido moralista, ¡qué cuadro! ¡Maquivélicos¹ principios! — Fígaro no dice que sean buenos, señor moralista, pero tampoco Fígaro hizo el mundo como es, ni lo ha de enmendar, ni a variar el corazón humano alcanzarán todas las sentencias posibles. Las circunstancias hacen a los hombres hábiles lo que ellos quieren ser, y pueden con los hombres débiles; los hombres fuertes las hacen a su placer, o tomándolas como vienen sábenlas convertir en su provecho. ¿Qué son, por consiguiente, las circunstancias? Lo mismo que la fortuna: palabras vacías de sentido con que trata el hombre de descargar en seres ideales la responsabilidad de sus desatinos; las más veces, nada. Casi siempre el talento es todo.

1. *Nicolás Maquiavelo*: (1469-1527) célebre historiador italiano nacido en Florencia, cuya obra más conocida "El Príncipe" contiene una cantidad de máximas y consejos a los gobernantes. En los principios sustentados por Maquiavelo abundan la hipocresía y la mala fe, pero ha de tenerse en cuenta que el fin perseguido es siempre el sostenimiento de la política del Estado. Figuradamente se llama maquiavélico al proceder astuto, pérfido, utilitario.

LA CAZA¹

Los tiempos en que la caza era a un mismo tiempo la ocupación y la diversión de nuestros reyes y nuestros nobles, quedan ya bien lejos de nosotros: aquel sinnúmero de empleados destinados a ese ejercicio que llenaban el palacio han desaparecido, dejando sólo tras sí algún nombre que otro, alguna denominación, fuera en el día de su lugar. La invención de la pólvora fué, sin duda, uno de los primeros golpes, casi mortales, para la antigua manera de cazar. ¿A qué mantener y educar costosamente varios halcones, cuando una menuda bolla de plomo puede hacer en menos tiempo y sin precisa enseñanza el mismo camino? Las revoluciones, que han dejado apenas a los reyes tiempo para serlo, han venido después a dar a ese ejercicio el último golpe de cachete²; los sotos³ se han descuida-

1. El gran escritor que había en Larra, encuentra en este artículo acentos adecuados a la naturaleza y costumbres bravías que pasa a describir.

2. *Cachete*: golpe que con el puño se da en la cabeza o en la cara.

3. *Soto*: lugar poblado de árboles, maleza, etc. Bosque, monte.

do, las costumbres extranjeras se han introducido, y los teatros, los bailes, los cafés, el juego, los clubs y los periódicos han sustituido enteramente a aquella azarosa distracción. En otros países no han sido bastantes todas esas causas a destruirla; en Inglaterra, por ejemplo, magníficos parques, sostenidos y cuidados con el mismo esmero que todas las cosas inglesas, ofrecen aún abundante caza a los "gentlemen", que dedican a sus locas batidas una estación del año. En Alemania no es menor la afición, y en algunos otros puntos de Europa, como en el Tirol¹, se encuentran, en punto a caza, tiradores de sorprendente habilidad.

Entre nosotros, Carlos IV² ha sido el último de nuestros príncipes cazadores; y los nobles, reflejo siempre de sus costumbres de los reyes, han dejado morir una diversión en la cual ya no tenían a quien remedar³: en España, pues, se puede decir que hay cazadores, hay individuos; pero no hay caza propiamente dicha, y sólo en algún rincón de provincia da todavía esta antigua afición señales de un resto de agonizante vida.

Una de las provincias a que esto puede aplicarse con más razón es la Extremadura⁴; destinada

1. *Tirol*: región europea que se extiende a ambos lados de los Alpes, en territorio austriaco, suizo e italiano. En Austria existe la provincia de Tirol, con más de 300.000 habitantes.

2. Carlos IV, que reinó de 1788 a 1808, fué en efecto tan dado a la caza, que abandonaba las funciones del gobierno para andar por los montes dedicado a su pasatiempo excluyente.

3. *Remedar*: imitar.

4. *Extremadura*: región del S.O. de España, colindante con Portugal.

la mayor parte a dehesas¹ para pasto, sumamente despoblada y cubierta de encinas, malezas y jarales², se puede decir que es casi toda ella un inmenso soto; agréguese a esto que, no necesitando cultivo alguno ni laboreo la mayor parte de su terreno, gran parte de los hombres del país no tienen más modo de vivir que constituirse guardas de las dehesas de los señores, o darse ellos mismos a la caza, atropellando todos los respetos de la propiedad que en ninguna otra provincia está más desconocida, y haciendo la vida de los pueblos primitivos del hombre de la naturaleza; ni agricultura todavía, ni industria, ni comercio, ni ciencias, ni artes, ni bellas letras... caza para comer y cubrirse: hay poblaciones enteras esencialmente cazadoras; la existencia y la fisonomía de estos seres son enteramente originales.

Al dejar Mérida³ el Conde****⁴, joven de una ilustración y un talento poco comunes en su edad, de un patriotismo que ha probado en varias ocasiones, y de un trato superior a todo elogio, en cuya compañía había salido de Madrid, me invitó a pasar unos días en una de sus mejores posesiones, famosa en el país por la abundancia de caza mayor y menor que encierra. No llevando en mi viaje ni

1. *Dehesa*: tierra que por lo común se destina al pastoreo.

2. *Jaral*: lugar poblado de jaras, arbustos muy abundantes en diversas regiones de España.

3. *Mérida*: ciudad de la provincia de Badajoz, en Extremadura.

4. Se refiere al Conde de Campo-Alange, que poco después murió gloriosamente peleando cerca de Bilbao, en la guerra carlista, y a cuyo entierro dedicó Larra uno de sus más notables artículos políticos.

prisa, ni objeto determinado, siéndome del todo indiferente matar el tiempo en una dehesa, en Badajoz o fuera de España, y costándome, por otra parte, algún trabajo separarme tan pronto de una persona cuya amistad había hecho para mí de un viaje árido un paseo delicioso, me decidí a admitir un convite¹ que podía proporcionarme, además, una ocasión de estudiar la caza y los cazadores.

No tardamos en llegar al desierto que íbamos a habitar por algunos días: una dehesa inmensa, empotrada en medio de otras inmensas dehesas; el suelo alfombrado de cuantas flores y hierbas de diversos y vivísimos matices se pueden imaginar, cubierto de altísimos jarales, salpicado de robustas encinas y hormigueando por todas partes la caza; jabalíes, venados, ciervos, gamos, lobos, zorros, liebres, conejos, águilas, buitres, milanos², grullas, perdices, palomas, buhos, urracas, cucos³, alondras, multitud de otras aves, aves de todas especies y colores, todo esto junto, revuelto, y casi mezclado, volando, saltando, corriendo, aullando, bramando, cantando; una figura humana alguna vez; un sol de justicia dando de día color y calor al cuadro, y una argentada⁴ luna rodeada de lucientes estrellas, dándole de noche sombras y misterio: figúrese usted todo esto, añádale usted algún rebaño de ovejas y cabras trepando por la colina, tal cual vaca al

1. *Convite*: invitación.

2. *Milano*: ave de rapiña considerada como una de las más crueles.

3. *Cuco*: ave trepadora, llamada también cuclillo.

4. *Argentada*: plateada.

parecer sin dueño, alguna yegua de un pastor seguida de sus potros, alguna mula, algún otro cuadrúpedo que no nombraré; diversas castas de perros, mastines¹, caseros y de caza, un gallinero en la cabaña de los guardas y un arroyo de cuando en cuando poblado de ruidosas ranas, y tendrá usted la representación perfecta de la creación.

La vivienda humana, la población más inmediata, está dos leguas, Ornachos, célebre en el país por sus naranjas, que pueden realmente competir, si no en el número, en la calidad, con las mejores de Valencia, de Andalucía y de Portugal. Tanto éste como los demás pueblos del alrededor son enteramente cazadores, lo cual no puede menos de resultar en grave perjuicio de la misma caza, que diariamente se disminuye y que acabará por desaparecer del todo.

El aspecto de uno de esos hombres que viven de la caza, llamados vulgarmente "corsarios", no es menos original que su lenguaje. Un mal sombrero gacho amarillento, curtido del polvo y del sol; una zamarra² de piel; calzón de paño burdo; polaina o botín de cuero; sajones de cuero pendientes de la cintura; por calzado, un pedazo de piel sin curtir, sujeto a la pierna con cordeles; una canana³ alrededor del cuerpo; un morral⁴ de piel;

1. *Mastín*: perro de presa, de tamaño grande.

2. *Zamarra*: especie de chaqueta de piel de carnero, generalmente con su lana.

3. *Canana*: cinturón para llevar cartuchos.

4. *Morral*: especie de bolso o saco usado por los cazadores.

perdigonera¹ y polvorín² de cuerno y una escopeta sencilla, vieja, antiquísima, de cañón largo, de chispa³, llena toda de remiendos y composturas; escopeta, sin embargo, que ninguno de ellos cambiaría por otra de dos cañones y pistón⁴ del mismo Delpire⁵, y escopeta que jamás les falta. Barba crecida, las pestañas y las cejas comidas de la intemperie, las manos y la cara como las de las fieras que persiguen, curtidas, sin pasiones, sin sentimientos, sin expresión; seres de los montes, sus facciones parecen rayas indeterminadas, semejantes a las de la corteza de los árboles. No pregunte usted a este hombre si hay rey o reina en Madrid, si es carlista o liberal; sino, si hay caza en el monte. Después de su frugal almuerzo, el corsario se lanza fuera de su choza, alguna vez con reclamo⁶, más comúnmente con perro, tan fiero y tan campesino como él, y, nuevo Robinsón del monte, le recorre, le devasta, le saquea, y corre a vender al pueblo inmediato por siete u ocho cuartos el fruto del sudor del día, que él nunca come, sea por hastío, sea por remordimiento. ¿Por remordimiento? Precisamente:

1. *Perdigonera*: recipiente en que se llevaban las municiones o perdigones.

2. *Polvorín*: recipiente en que se llevaba la pólvora.

3. Escopeta de *chispa*: escopeta primitiva, en que la deflagación de la pólvora se conseguía mediante una chispa, obtenida por diversos medios.

4. Escopeta de *pistón*: modelo más perfeccionado, en que un gatillo golpeaba una cápsula de fulminante, cuya explosión encendía la pólvora de la carga.

5. *Delpire*: renombrado armero francés de la época.

6. *Reclamo*: ave amaestrada para atraer a otras con su canto. Tiene el mismo nombre un instrumento con el cual los cazadores imitan cantos de aves o voces de animales.

no puedo hallar otro origen a la diferencia que el hombre establece entre matar hombres y animales que su infinito amor propio; sin embargo, hay animales que valen más que hombres, y hombres que deberían darse la enhorabuena si no fueran más que animales.

Pero llega el domingo, día anhelado por los empleados de la ciudad inmediata. ¿Es una pascua? Mejor: la batida durará tres días. El sábado por la tarde se ensillan los caballos, se hacen provisiones, y en marcha. Se convocan los mejores escopetas y corsarios, aquéllos para darles "ojeos"¹ en competente número y cubrir todos los "puestos"², y éstos para dirigirlos y reconocer las "manchas" o espesura a donde se alberga la caza. Aquella noche se pasa al hogar³ alrededor de una encina, oyendo al corsario más experimentado: él explica la caza de la perdiz como la más divertida y honorífica; la de los conejos al "aguardo"⁴ es pesada, y no se puede hacer sino a la madrugada y a la caída de la tarde: en tiempo de su cría, la mejor es la "chilla"; la mancha "de la tristeza", que cae al oriente, es la mejor para liebres; en otro "manchón" hay venado o "cochino"⁵; pero ése no se puede cazar sin

1. *Ojeo*: la acción de espantar la caza, dirigiéndola a los sitios convenientes para apresarla o ultimarla.

2. *Puestos*: sitios convenientes que se disponen con ramas o cantos, para ocultarse el cazador y tirar desde allí en el momento oportuno.

3. A la lumbre.

4. *Aguardo*: sitio en que se oculta el cazador a objeto de aguardar la pieza y disparar sobre ella en el mejor momento.

5. *Cochino*: genérico, por "jabalíes".

gran "recoba"¹, y todavía no se han traído todos los perros; él arregla los ojeos para el día siguiente, y asainetea², en fin, su conversación con el relato útil de mil anécdotas de caza, con la variedad de los lances de su vida.

A la mañana, con la aurora, todo el mundo está alerta: los corsarios y escopetas de pie y en rueda, hunden en un enorme caldero, después de haberse santiguado, su cuchara de cuerno sin mango, sacan con ella una cucharada de migas, la cual hacen pasar a la mano y de ésta a la boca; repetida esta operación hasta apurar el caldero, todo el mundo se dirige al sitio donde se va a dar la batalla: momento de confusión; nadie pide parecer, cada cual da el suyo. Uno pide pólvora, otro perdigones, otro postas³ por si sale alguna res. En fin, se carga; los ojeadores, precedidos de un corsario, van a tomar la vuelta de⁴ la "mancha" o espesura designada, y a rodearla, en tanto que los escopetas y cazadores, capitaneados por otro corsario inteligente, van a ocupar con el mayor silencio los puestos a la parte contraria. Allí, estatuas de sí mismos y árboles entre otros árboles, esperan traídoramente a las víctimas, que, ahuyentadas y encaminadas a ellos por los palos y las voces de los ojeadores, vienen a ofrecerse al tiro, no teniendo otra salida que los puestos. Apurada una mancha se pasa a

1. *Recoba*: *récova* (de *recua*), cuadrilla de perros de caza.

2. *Asainetea*: aquí equivale a animar, hacer interesante.

3. *Posta*: bala de plomo pequeña, aunque más grande que el perdigón.

4. *Tomar la vuelta de*: modo adverbial que significa: "dirigirse a".

otra, y así sucesivamente. A media mañana se comen unas naranjas y se echa un trago; a las tres o las cuatro se recoge la gente a la casa y se devora con apetito parte de la mortandad de la mañana. Con el bocado en la boca, y con todo el calor del sol, se vuelve a la caza, se cena, se sueña con la caza, hombres y perros, y al día siguiente se repite la misma función.

Los escopetas y cazadores ejercitados matan; pero los aficionados principantes o se sobrecogen a la salida del "bicho" y pierden el momento favorable, o se mueven y hacen torcer de su camino los animales maliciosos¹, o tiran, por fin, demasiado pronto, sin calcular el tiempo y la distancia, el vuelo recto de la perdiz, o torcido de la paloma; en una palabra, no logran hacer dar a una liebre la vuelta de "campana"².

Concluída la batida, se suman las piezas, se reúnen las tropas, se cruzan apuestas sobre el número de vencejos³ que matarán en el pueblo el día siguiente: hay quien se atreve a matar con bala, de doce, nueve; se suceden las burlas y los denuestos entre los peritos, y los pobres aficionados se muerden los labios de despecho, y se vuelven a la ciudad con una insolación o un tabardillo⁴, la piel tostada, y con la perspectiva ante los ojos de los sarcasmos y de las chanzas de las damas, que los espe-

1. *Malicioso*: aquí vale por "ariscos".

2. El tumbo que da la liebre sobre sí, cuando en su carrera es alcanzada por el plomo.

3. *Vencejo*: pájaro de forma y costumbres parecidas a la golondrina.

4. *Tabardillo*: es una fiebre grave y contagiosa. También insolación.

ran con impaciencia para vengarse de la soledad en que las ha dejado una diversión que, por lo general, aborrecen como una rival que les roba sus víctimas y adoradores.

El cazador generalmente es infatigable; a la larga le sucede siempre alguna avería, o pierde un ojo o un dedo, o se rompe un brazo, y diariamente, por lo regular, se hiere y se estropea bregando entre la maleza. El sol y el aire, el agua y el frío, le combaten; los peligros le cercan; pero todo ello es nada a sus ojos. Haya que matar, y vamos viviendo. En eso se parece al militar y al médico. Hay cierta felicidad en su vida, envidiable aun para aquellos que no comprenden todas sus delicias. Desnudo de ambición y de otras pasiones mundanas, nada le impide satisfacer la suya, porque la afición a la caza es como el amor, que donde está ha de dominar. Es como ciertas enfermedades que se apoderan hasta de los huesos del enfermo; el cazador es todo caza. Una puerta cerrada de golpe es un tiro para él; en medio de su frenesí su podenco¹ mismo entre las matas es un zorro; un compañero que bulle entre la jara es un ciervo, y el burro del ganadero, que corre espantado de los tiros entre las encinas, recibe más de una vez una posta que se le dispara, haciéndole los honores de jabalí. La escopeta es el amigo del cazador, amigo hasta en faltarle alguna vez; su perro es su querida, su compañera, su mujer. En cuanto a las ventajas,

1. *Podenco*: perro de caza.

apelamos a todo cazador viudo. La verdad: ¿cuál cuesta menos? ¿cuál vale más?

Se entiende que estas circunstancias sólo corresponden al verdadero cazador, al cazador de batida¹; de ninguna manera al cazador de Madrid, que, equipado de los pies a la cabeza de instrumentos de caza, seguido de dos podencos y dos galgos, sale al amanecer del domingo por la puerta de Atocha², con su hermosa escopeta debajo del brazo y su gorra de visera reluciente, asusta a los gorriones de la pradera del Canal³, y se vuelve molido y sudado al anochecer, después de haber tenido que comprar algún conejo y una caña de alondras para

a casa
volver, como suele, el conde
de Toledo, vencedor.

Este simulacro de cazador le ha descrito ya mejor que pudiera yo hacerlo mi antecesor el "Curioso Parlante"⁴, y le dejaré, por tanto, descansar sobre sus comprados laureles.

Después de haber sufrido a la intemperie ra-

1. *Batida*: acción de recorrer el monte para que la caza se dirija a los puestos donde la esperan los cazadores. Se refiere a la caza en grande.

2. Una de las puertas de Madrid.

3. Sitio de las afueras de la capital. Es famoso en la historia literaria, por haber sido uno de los lugares donde celebraron en 1823 sus primeras reuniones "Los Numantinos", sociedad secreta formada por adolescentes, uno de los cuales era Espronceda, de edad entonces de quince años.

4. El *Curioso Parlante* es el seudónimo de otro famoso escritor de la época, llamado Ramón de Mesonero Romanos (1803-1882). Al llamarle Fígaro su "antecesor", se refiere al puesto de cronista de la *Revista Española*, donde se publicó este artículo. Porque como cultor del género de costumbres, Larra precedió a Mesonero en algunos años.

tos que hubieran sido muy pesados a no haberlos aligerado la compañía del Conde, y de habernos ocupado seriamente unos cuantos días en matar a aquellos animales, que ni nos hacían daño, ni nos estorbaban, ni podían oponernos resistencia (si bien a mí me podía tocar muy poca parte de culpabilidad y de remordimiento), me despedí de mi amigo, proponiéndome no volver a probar mis fuerzas en un ejercicio para el cual sin duda no debo de haber nacido, y que reclamará, como todas las habilidades del mundo, su poco de vocación, que yo no tengo, y su mucho de perseverancia, de que yo no me siento capaz.

LA NOCHE BUENA DE 1836¹

YO Y MI CRIADO²

(DELIRIO FILOSÓFICO)

El número 24 me es fatal; si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece, sin embargo, día 24. Soy supersticioso porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esta razón creen los amantes, los casados y los pueblos, a sus ídolos, a sus consortes y a sus gobiernos; y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe

1. Como muestra del estilo de Larra, cuando despojándose de todo recurso subsidiario va derecho a enfrentarnos con la amargura de su alma, se inserta este magnífico artículo, sin el cual quedaría trunca la imagen del gran escritor.

2. Por esta vez sacrifico la urbanidad a la verdad. Francamente, creo que valgo más que mi criado: si así no fuese le serviría yo a él. En esto soy al revés del divino orador, que dice: "Cuadra y yo." (Nota del autor.)

de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y de resignación, y en dando las doce ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta para no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice "no quiero", porque ése, a lo menos, oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acaba de expirar en la muestra de mi péndola¹, y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención², es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser "día de agua". Fué peor todavía; amaneció nevando. Miré el termómetro, y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado.

1. *La muestra de mi péndola*: la esfera de mi reloj.

2. Se refiere a la intervención que muchos esperaban de Francia sobre todo, y de otras naciones, para poner término a la guerra civil española, que alcanzaba por aquellos años modalidades insufribles.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo, de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa, y paré¹ tal, que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiera tenido por miliciano nacional² citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entiendo una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón; véalos empañados y como llorosos por dentro: los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de

1. *Paré*: quedé.

2. Hacia 1834, la Regencia de la reina María Cristina, que gobernaba en nombre de Isabel II menor de edad, veíase acosada por la insurrección carlista que pretendía arrebatarle el trono y encarnaba el absolutismo, y por los liberales progresistas o exaltados, en quienes bullía el espíritu que animara a los hombres de 1812 y 1820. Obtuvieron entonces estos últimos que se organizara la milicia nacional, con el pretexto ostensible de combatir a los carlistas, pero en realidad para afirmarse contra el poder del trono. Al acceder este último, esperaba que concurrirían a la convocatoria las clases conservadoras interesadas en hacer imperar el orden, como había ocurrido con la Guardia Nacional francesa en los comienzos del reinado de Luis Felipe. Mas sólo acudieron los reformadores exaltados, con lo cual la milicia llegó a entrañar un peligro para el gobierno.

fuera los cristales, los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros, los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina! ¡Dichoso el empleado aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo! Al menos no está obligado a pensar, puede fumar, puede leer la "Gaceta".

"¡Las cuatro! ¡La comida!", me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve, hasta la voz parece pedir permiso para sonar. Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como don Quijote: "Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer"; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, ¡pero los criados de los filósofos!... Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales¹ los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: "Esta noche me dirás la verdad." Saqué de mi gaveta² unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España.

1. *Saturnales*: fiestas romanas de celebración anual, donde reinaba el regocijo y la licencia. A los esclavos les estaba permitido todo en esos días, hasta usar la toga, hábito simbólico, y mandar a sus amos. La leyenda mitológica ha dado origen a las fiestas y a su nombre: Saturno es destronado por su hijo Júpiter, y arrojado del cielo se refugia en el Lacio, donde florece la llamada por los poetas "edad de oro", reinado de paz, igualdad y abundancia.

2. *Gaveta*: cajón del escritorio.

Cualquiera diría que son retratos; sin embargo eran artículos de periódico¹. Las miré con orgullo: "Come y bebe de mis artículos, añadí con desprecio: sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagemma se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes." Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié² la capa, calé el sombrero, y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: "Hoy es un aniversario": y el pueblo ha respondido: "Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble." ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no conoce principio, y el que no reconoce fin; nació para morir. Sublime misterio.

"¿Hay misterio que celebrar? Pues comamos", dice el hombre; no dice: "Reflexionemos". El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la ma-

1. Porque se las habían pagado por sus artículos.

2. "Terciar la capa", ponérsela atravesada diagonalmente, sesgada.

teria para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes, y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao¹: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada: una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena², y negra de moder cartuchos³, un manojo de laurel sangriento⁴. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvencción y la culpa: aquélla, agria y severa; ésta, indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación⁵ cristiana

1. Personifica en Bilbao el horror de la guerra civil carlista, que tenía en dicha ciudad uno de sus centros principales.

2. *Cárdena*: amoratada, violácea.

3. *Morder cartuchos*: El "cartucho" a que se refiere aquí Fígaro, era un envoltorio de papel o de cartón, que contenía una carga de pólvora para las armas de fuego, y que empezó a usarse a mediados del siglo XVIII. Cuando los fusiles se cargaban por la boca, para volcar la pólvora en el arma era necesario romper antes el cartucho, lo cual se hacía con los dientes, por no tener el soldado sino una mano libre. Y como la pólvora usada entonces era negra, quedaban así los labios manchados.

4. El triste lauro de las contiendas civiles.

5. *Colación*: es la refección o comida liviana que se toma por la noche en los días de ayuno. Aquí emplea Fígaro la palabra con intención irónica, sobre la cual insiste en la cláusula siguiente.

de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro. El telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias¹, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábrense las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mi pensamiento. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos² y de la bacanal³ que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos, y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

1. "De circunstancias": se dice de piezas, poesías, discursos, etc., adaptadas a la situación del momento.

2. *Pandero*: instrumento rústico de música; pandereta.

3. *Bacanales*: fiestas que de Egipto y Grecia pasaron a Roma, causando allí gran escándalo por la licencia que las caracterizaba. Toman su nombre de la leyenda de Baco, dios del vino, y de las sacerdotisas llamadas Bacantes, que cubiertas de flores celebraban bailando, los misterios de Baco. Por extensión se da el nombre de bacanal a una fiesta licenciosa, orgiástica.

Las doce van a dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar todavía en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el día 24, y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa; como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos, hechos moneda, mi moneda hecha mosto¹ se ha apoderado del imbécil como me imaginé y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad².

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto, es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos, y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una consola³, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino

1. *Mosto*: es el zumo exprimido de la uva, antes de fermentar. Pero aquí se usa por "vino", lo cual es muy frecuente.

2. Alude al dicho latino: "*in vino veritas*", o sea: "en el vino la verdad", es decir que la bebida desata la lengua. Como el criado se halla repleto de vino, viene a ser todo verdad.

3. *Consola*: mesa construída para arrimarse a la pared, y que en las salas y otras habitaciones principales se destina a soportar relojes, floreros y otros adornos.

un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados¹; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino a través del cieno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil — exclamé, empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí —. ¡Oiga! Está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón² en mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrimme, cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a obscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimado a los pies de mi cama para no vacilar, y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas enfrente de mí; no sé por qué misterio mi criado

1. *Empastados*: encuadernados.

2. "Entrar de rondón": entrar sin reparos; con familiaridad.

encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y raciocinó: misterios más raros se han visto acreditados: los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur¹, y que han roto, sin embargo, a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho: tal me ha pasado: no escribo para los que dudan de mi veracidad: el que no quiera creerme puede doblar la hoja: eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima, dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí? — pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso: y es que la voz empezaba a decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre: yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprendo todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado en tu remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima?

1. *Astur*: asturiano.

¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente, consumida por el veneno de la pasión, que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú¹ de oro que yo te he visto, son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No, has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de² elegante has ganado en tu sarao³ y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador, es el precio del honor de una familia. Aca-

1. *Tisú*: tela de seda en cuya fabricación entran hilos de plata o de oro. Viene del francés "tissu".

2. *A fuer de*: locución adverbial que significa en este caso: "en virtud de", y en otros: "a manera de", "en razón de", etc. Viene de: "a fuero de" que significa: a ley de.

3. *Sarao*: reunión, fiesta nocturna donde se baila.

so ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

× Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozás, hozando¹ en él, como quien remueve la tierra en busca de su tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor: y ¡qué tormenta no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; o cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnias? ¿Quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opi-

1. *Hozar*: cavar, remover la tierra como hacen el jabalí y el cerdo. En el pasaje se emplea figuradamente con el significado de hurgar, buscar.

nión, apostatáis¹ de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación: adulas a tus lectores para ser de ellos adulado, y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares² o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo, en fin, no tengo necesidades: tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo³. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema...

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor. Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano, come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso, ni elegante, ni literato, ni enamorado.

1. *Apostatar*: negar la fe cristiana. Extensivamente, significa, en este caso, traicionar una opinión, una doctrina o los principios.

2. Lugar de deportación.

3. *Tósigo*: veneno.

Ten lástima ahora al pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; ¡pero tú lo estás de deseos y de impotencia!...

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. “¡Ahora te conozco — exclamé —, día 24!”

X Una lágrima preñada de horror y de desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla, donde se leía “mañana”. ¿Llegará ese “mañana” fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto la “noche buena” era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando “noche buena”.

ÍNDICE

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

	Pág.
	—
Mi nombre y mis propósitos	5
El Castellano viejo	13
¿Entre qué gentes estamos?	33
Ya soy redactor	45
En este país	55
Las circunstancias	67
La caza	75
La noche buena de 1836	87

Este libro se terminó de imprimir
el 30 de marzo de 1938,
en PROVENTAS S. A.
(Sección Tall. Gráficos)
Sarmiento 4550
Bs. Aires

★

BIBLIOTECA del ESTUDIANTE ARGENTINO

★★ Esta Colección constará de 25 números, correspondientes a otras tantas obras completas o series de obras cortas completas, elegidas dentro de las listas-oficiales de "Lecturas obligatorias", que se irán editando a razón de un número por mes, aproximadamente.

★★ Todas las obras se publicarán *cuidadosamente anotadas* y con las explicaciones necesarias para su completo entendimiento.

★★ Cada número o volumen se publicará en dos ediciones nítidamente impresas en caracteres de cómoda lectura: una *edición corriente* en rústica, y otra *especial* elegantemente encuadernada y en papel escogido.

★★ BIBLIOTECA DEL ESTUDIANTE ARGENTINO asegura a sus lectores una *permanente existencia* de todas las obras que publique, tanto en la *edición corriente* como en la *especial*.

PRÓXIMOS NÚMEROS A EDITARSE

EN ABRIL:

Nº 3.—SAMANIEGO e IRIARTE — *Fábulas escogidas*.

Nº 4.—MIGUEL de CERVANTES — *El Licenciado Vidriera*.

EN MAYO:

Nº 5.—NICOLAS AVELLANEDA — *Escritos literarios*.

(Los números siguientes se anunciarán oportunamente)